

Paul W. Powell



La Última Palabra

¡Los Últimos Mensajes del Señor a su Iglesia!

© Copyright 2004
Paul W. Powell
Seminario Teológico George W. Truett
Universidad Baylor
Waco, Texas

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas son tomadas de la Santa Biblia, versión Reina Valera, revisión de 1960, propiedad de las Sociedades Bíblicas en América Latina. Usadas con permiso.

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni transmitida en ninguna forma o medio, electrónico ni mecánico, incluyendo fotocopiado, grabación o mediante ningún sistema de almacenamiento y reproducción, sin el permiso previo por escrito del publicador.

Dedicación

*A la facultad y personal del
Seminario Teológico George W. Truett,
¡quienes hacen que el ser Decano sea un gozo!*

Tabla de Contenido

Introducción	7
1. El Señor de la Iglesia	9
2. La Iglesia Sin Amor	21
3. La Iglesia Leal	33
4. La Iglesia Indolente	49
5. La Iglesia Liberal	61
6. La Iglesia Sin Vida	73
7. La Iglesia Trabajadora	87
8. La Iglesia Tibia	101
9. La Iglesia Local	115

Introducción

El libro de Apocalipsis está dirigido a las siete iglesias de Asia Menor: Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea. Eran siete iglesias reales, pero también representan a todas las iglesias de todas las épocas.

Puesto que el libro de Apocalipsis es el último de la Biblia, son los últimos mensajes del Señor para su iglesia. El mensaje a cinco de las siete es el mismo: “¡Arrepiéntete!” Necesitaban despertamiento. Cinco de las siete; eso es el setenta por ciento. Es casi el mismo porcentaje de nuestras iglesias actuales que necesitan un despertamiento.

Parece que muchas iglesias no saben la diferencia entre un despertamiento y la evangelización. La evangelización es la proclamación del evangelio en un esfuerzo por ganar para Cristo a los perdidos. El despertamiento o avivamiento es un movimiento de Dios en la iglesia que lleva a las personas a arreglar cuentas con él, y unos con otros. La renovación espiritual es un nuevo comienzo de obediencia a Dios. Quiere decir examen propio, rededicación y reconciliación.

La mayoría de avivamientos empiezan con la idea de que la membresía de la iglesia están en buena forma. El Señor no hace eso, ni tampoco deberíamos hacerlo nosotros. Él no hace ningún esfuerzo por hacerse el ciego a nuestros pecados o tapar las debilidades de sus iglesias. En tanto que reconoce lo bueno que ellas pudieran estar haciendo, es franco y cándido en su reprensión. No escatima palabras al hablar de los fracasos o debilidades de esas iglesias, ni vacila en decirles que se arrepientan de sus pecados.

Cada una de estas siete cartas termina con la misma amonestación: "El que tiene oídos para oír, oiga." Todos tenemos dos oídos. Tenemos el oído físico con el que oímos los sonidos audibles, pero también tenemos oído espiritual con el que oímos la voz de Dios. No los confundamos.

En un tiempo había una señora unitaria que asistía todos los domingos a la iglesia que yo pastoreaba. Junto con su esposo se sentaba en las primeras bancas, y siempre escuchaba con atención. Un día recibí una nota de ella que decía: "Si hubiera sabido la diferencia entre su voz y la voz de Dios, habría pasado al frente al altar el domingo pasado." Obviamente el Espíritu de Dios le había hablado. La llamé por teléfono y le dije: "Jenny: A mí no me engaña, así que no se engañe usted misma. Usted sabe la diferencia entre mi voz y la voz de Dios." Usted también la sabe.

El salmista clamaba: "Hazme oír por la mañana tu misericordia, Porque en ti he confiado; Hazme saber el camino por donde ande, Porque a ti he elevado mi alma" (Sal. 143:8). Esa debería ser la oración de todos nosotros: "Hazme oír . . . hazme saber."

Junto con la amonestación a cada iglesia también hay una promesa a todos los que "vencen." El Señor quiere que seamos victoriosos. Quiere que seamos fieles y verdaderos, y podemos serlo y lo seremos si oímos y obedecemos. ¡Escuche! ¿Está usted escuchando? Dios tiene una palabra para usted, ¡que usted no querrá perdérsela!

Paul W. Powell
Junio del 2004
Seminario Teológico George W. Truett
Universidad Baylor
Waco, Texas

1

El Señor de la Iglesia

Apocalipsis 1:4-8

Ralph W. Emerson dijo: “El nombre de Jesús no está escrito en la historia tanto como está grabado en ella.” Cuando se considera la cantidad de libros que se han escrito sobre él, la cantidad de cantos que se le han dedicado, el número de edificios que se han levantado a su memoria, y el número de personas que afirman seguirle y adorarle, se puede entender el por qué.

Pero la fascinación sobre Jesús no está limitada a la iglesia. El mundo secular también se interesó en él. Por ejemplo, Peter Jennings fue animador en un programa especial de televisión en hora pico que trataba de la persona y los tiempos de Jesús; el finado Arnold Toynbee, el historiador más eminente de nuestros días, le dio más espacio a Jesús de Nazaret que a cualquiera de otros de los seis hombres más grandes que jamás han vivido, incluyendo Mahoma, Buda, César, Napoleón y Jorge Washington; y la Enciclopedia Británica en inglés le dedica veinte mil palabras.

Pensadores de todas las tierras que han tenido la oportunidad de investigar la evidencia concuerdan que Jesús es la personalidad más grande que jamás el mundo ha conocido. Reconocen que Jesús es el Maestro por excelencia, el más grande ejemplo, y líder más grande, y la más grande influencia para el bien, que jamás ha

vivido. Un letrero en una iglesia dice: “Su cuna meció al mundo.”

Nosotros, por consiguiente, debemos preguntarnos: “¿Quién es Jesús?” E. Stanley Jones dijo: “Llámalo hombre, y tendrás que cambiar tu idea de lo que es el hombre; llámalo Dios, y tendrás que cambiar tu idea de lo que Dios es.”

El libro de Apocalipsis, el último libro del Nuevo Testamento que se escribió, es un libro de él y sobre él. Fue escrito a las siete iglesias de Asia Menor. Jesús se dirige a cada una de ellas por nombre, y tiene para cada una un mensaje específico. Aunque se trata de siete iglesias literales, representan, de cierto modo, a todas las iglesias. Al entregar su mensaje Jesús se identifica en cada carta de una manera diferente. Los títulos y frases descriptivas que usa para describirse son pequeños camaleones que, en conjunto, nos dan a entender quién es él:

- Es el Dios Todopoderoso (Ap. 1:8).
- Es el Creador del universo (3:14).
- Es la Cabeza de la iglesia (2:1).
- Es el Salvador del mundo (1:5).
- Es el Rey que viene (1:7).

Dios en Carne y Hueso

Primero, Jesús es el Dios Todopoderoso. Se presenta a sí mismo como “el primero y el postrero” (2:8). Luego dice: “[Yo soy] el santo . . . [y] verdadero” (3:7). En el Antiguo Testamento estos títulos le pertenecen sólo a Dios (Is. 44:6). Usarlos es decir que Jesús no es sino el mismo Dios. En el capítulo 1 de Apocalipsis dice que él es “el Todopoderoso” (1:8); es decir, el gobernador absoluto del universo.

Antropólogos y arqueólogos han estudiado por siglos las civilizaciones del mundo, tanto antiguas como modernas, y nunca han hallado alguna civilización sin algún tipo de adoración. Han hallado civilizaciones sin teatros, sin estadios, sin escuelas, pero ninguna sin religión. El ser humano instintiva e incurablemente es creyente.

Sin embargo, los antropólogos no han hallado ninguna uniformidad en la adoración o en la noción que la gente tenía de Dios. El resultado es que hay como once religiones principales en el mundo, y miles de religiones nacionales o tribales. Los hombres de todas partes creen en Dios, pero están confundidos respecto a cómo es Dios.

¿A qué se deben todos estos malos entendidos y confusión en cuanto a Dios? Se debe a que Dios es Espíritu (Jn. 4:24). Uno no puede ver un espíritu. No se lo puede tocar. No se lo puede retratar. No se puede hacer una estatua de un espíritu. Así que, para conocer a Dios él debe darse a conocer de una manera que nosotros podamos entender.

Es fue lo que Cristo hizo. En Colosenses Pablo llama a Jesús la "imagen del Dios invisible" (Col. 1:15). El escritor de Hebreos dijo que Jesús es la "imagen misma" de Dios (Heb. 1:3). La palabra "misma" quiere decir "exacta." Así que si usted me preguntara: ¿Cómo es Dios? le diría: "Es como Jesucristo." Si usted volviera a preguntarme: "¿Cuánto como Jesucristo?" le respondería: "Exactamente igual a Jesucristo." Como lo diría el refrán en español: "Igualitos como dos gotas de agua."

En Apocalipsis 3:7 Jesús se identifica como "el Santo, el Verdadero." La palabra "santo" es el nombre, título y descripción del mismo Dios (Is. 6:3; 43:15). Por todo el Antiguo Testamento Dios es el Santo. Ahora ese título

es dado al Cristo resucitado. Decir que Jesucristo es Santo es decir que no es nada menos que Dios, y se le llama "Verdadero." Eso quiere decir que es "real," o "auténtico." En él no tenemos un sustituto o sombra de Dios, sino a Dios mismo.

La esencia del cristianismo, entonces, es esta: Jesucristo es Dios. No fue simplemente enviado de Dios. No es simplemente una parte de Dios. No es simplemente un representante de Dios. Fue y es Dios. Jesús es Dios en carne y hueso.

La religión, entonces, es un esfuerzo del hombre de llegar a Dios. Cristo es Dios descendiendo al hombre.

Juanito estaba dibujando en clase. La maestra le preguntó: "¿Qué estás dibujando?" El niño respondió: "Un retrato de Dios." La maestra dijo: "Pero, Juanito, nadie sabe cómo es Dios." El niño dijo: "Lo sabrán cuando yo termine." Cuando Jesús terminó, sabíamos cómo era Dios, porque Jesús fue Dios que vino a vivir entre nosotros.

Tony Snow escribió en su columna en los periódicos: "Jesús es la única gran figura religiosa que jamás afirmó que no fue simplemente enviado por Dios, inspirado por Dios, o que Dios lo usó como mecanógrafo, sino que fue, en realidad, Dios. Así que, ¿lo fue? Esta es una pregunta clave. No bastará venerarle como un santulón dado a hacer milagros como Dios, en cuyo caso, su evangelio nos enseña cosas profundas, difíciles y consoladoras sobre la realidad, ni descartarlo como un lunático que merecía que lo crucifiquen. El cristianismo es la religión más fácil de descartar, porque no ofrece terreno medio: o bien Jesús era Dios, o fue un charlatán" (*Dallas Morning News*, 24 de diciembre del 2000).

El Gran Dinamitero

Segundo, Jesús es el Creador del universo. En el capítulo 3 Jesús se describe como “el principio de la creación de Dios” (3:14). Eso no quiere decir que Cristo fue la primera criatura creada, sino más bien que él es el quien la creación tuvo su principio. Él es el origen de todo lo que fue creado.

La humanidad siempre ha tenido curiosidad por sus orígenes. No nos satisface simplemente existir. Queremos saber de dónde salió el mundo, y cómo apareció, y de dónde salimos y cómo estamos aquí. Inherente en eso es lo que somos y de dónde venimos. Hay dos explicaciones posibles.

Una es la teoría del evolucionista. Dicho en forma resumida, la evolución dice que la materia es eterna y que de alguna manera en los recovecos más profundos del espacio y del tiempo pasado, tuvo lugar una gran explosión, y de la materia inerte espontáneamente surgió la vida. De ese comienzo la vida evolucionó de lo sencillo a lo complejo. A veces se le llama la “teoría de la gran explosión.” Es, por supuesto, nada más que una teoría, o presuposición no demostrada. Nadie estuvo presente para verla sucederse, y no se la puede duplicar. Así que, en el mejor de los casos, es una suposición.

El otro punto de vista es el creacionista. Los creacionistas creen que solo Dios es eterno y que él creó todas las cosas separadas y distintas. Aceptan la afirmación bíblica de que “En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Gn. 1:1). Esto no descarta la posibilidad de algún tipo de evolución entre especies; por ejemplo, que las personas aumenten en estatura, pero no hay evidencia alguna de que un perro se convierta en un caballo, o un simio se convierta en hombre. El creacionismo es también una presuposición de fe, porque nadie estuvo pre-

sente excepto Dios, y todo lo que podemos hacer es creer en su palabra. Puesto que la creación ocurrió sólo una vez y no se la puede repetir, tenemos que escoger entre la especulación humana y la revelación divina. Prefiero la revelación. Tiene más sentido y creer en ella exige menos fe.

La Biblia declara que Jesús fue el agente de la creación. Juan, que escribió Apocalipsis, escribió en su Evangelio: "Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho" (Jn. 1:3). Si hubo una gran explosión, ¡Jesús fue el gran dinamitero!

Pablo, en su carta a los Colosenses, escribió que Dios creó todas las cosas "en los cielos y . . . en la tierra, visibles e invisibles" (Col. 1:16). No sabemos el tamaño del universo, pero cuando miramos el cielo vemos apenas una mínima parte de él. Dios creó lo que podemos ver y creó lo que no podemos ver.

Súbase conmigo a un cohete y emprendamos un viaje imaginario por el espacio. Nos permitirá captar un vislumbre de la grandeza de la obra creadora de Cristo, Viajaremos a la velocidad de la luz, o sea 186,282 millas por segundo. A esa velocidad podemos dar la vuelta a la tierra siete veces en un segundo. No es igual de rápido a como conduce mi esposa, pero sí es rápido.

Despegamos, y en dos segundos ya habremos dejado atrás la luna. En ocho y medio minutos habremos llegado al sol, a unos 96 millones de millas de distancia. Cinco horas más tarde, viajando a la velocidad de la luz, llegaremos al final de nuestro sistema solar, es decir, el sol y los nueve planetas que giran alrededor de él.

Debemos viajar por casi 100,000 años para cruzar la Vía Láctea, nuestra propia galaxia. Después tendremos que viajar unos 4,500 millones de años a la velocidad de la luz antes de llegar al área del universo que no se pue-

de ver con ningún telescopio desde nuestro planeta. ¿Quién sabe lo que haya más allá? Pero haya lo que haya, Dios lo creó, porque él creó todas las cosas “en el cielo . . . y en la tierra, visibles e invisibles” (Col. 1:16).

Cristo no sólo fue el agente de la creación, sino que también es el pegamento del universo. “Todas las cosas en él subsisten” (Col. 1:17). La palabra “subsisten” literalmente quiere decir “se mantienen unidas.” El sol es el centro de nuestro sistema solar, pero es nada más que una de las cien mil millones de estrellas que hay en nuestra galaxia, y hay otros cien mil millones de galaxias en el espacio.

El sol es tan grande que, si fuera hueco, podríamos poner dentro un millón de planetas del tamaño de nuestra tierra. Hay algunas estrellas en el espacio tan grandes que se podría poner dentro 500 millones de soles como el nuestro. Todos estos millones de millones de planetas giran en el espacio continuamente. ¿Qué impide que choquen entre sí? ¿Quién dirige el tráfico en el espacio? Jesús. Él creó todas las cosas, y por él todas las cosas se mantienen en su lugar.

Hace unos años aprendimos a dividir el átomo. El átomo es el componente básico de toda materia. Todo se compone de átomos. No es la partícula más pequeña de materia, pero sí una de las más pequeñas. Los átomos están formados de electrones, protones y neutrones. Los átomos son tan pequeños que hay cien millones de átomos en una gota de agua.

Cuando los científicos aprendieron a dividir el átomo, aprendieron a liberar la energía atómica. Después produjimos la bomba atómica mediante la división del átomo. El 6 de agosto de 1945 se dejó caer una bomba atómica sobre Hiroshima, Japón. Cuando se aclaró el humo había cien mil personas muertas. Sesenta y dos

mil de los noventa mil edificios de la ciudad estaban en ruinas, y el calor en el centro de la explosión alcanzó una temperatura de seis mil grados fahrenheit.

Si todo esto sucede cuando se divide un átomo, ¿qué mantiene unido al átomo, para empezar? La Biblia nos lo dice. Es Jesucristo. Algunos científicos se refieren a la fuerza cohesiva del universo como el “factor colosense.” Viene de este pasaje bíblico, y quiere decir que Jesucristo interviene en el universo de tal manera que le impide hacerse pedazos.

Absolutamente y Para Siempre

Tercero, Jesús es la Cabeza de la iglesia. En Apocalipsis 2 se nos dice que Cristo tiene siete estrellas (pastores) en su diestra y anda en medio de siete candeleros de oro (iglesias) (2:1). La palabra “tiene” es muy fuerte. Quiere decir que tiene el control completo sobre las iglesias. Muestra su presencia en poder sobre ellas.

Hay un refrán que dice que toda organización es una sombra alargada de un hombre. Escarbe la historia de cualquier compañía, organización o movimiento, y hallará a un individuo, no un comité, que tuvo un sueño, y que ese individuo convirtió el sueño en realidad mediante su liderazgo.

La iglesia, entonces, es la sombra alargada de Jesucristo. Es su cuerpo en la tierra. Eso quiere decir que somos sus manos, sus pies, sus ojos, sus oídos y su voz. Estamos en esta tierra para hacer lo que él hizo durante sus días en la carne. Por treinta y tres años se encarnó en un cuerpo humano. Ahora tiene un nuevo cuerpo, su iglesia. Vive en nosotros y quiere obrar por medio nuestro.

Es significativo que él se dirige a cada iglesia y a sus miembros directa e individualmente. No se da indicios de algún obispo o supervisor. Él es la cabeza real de la

iglesia. Ella es su posesión. Él es su Dueño. Muchas veces hay hombres que actúan como la iglesia les perteneciera, como si tuvieran el derecho de administrarla y gobernarla como se les antoje y para sus propios propósitos; pero la iglesia y toda congregación dentro de ella le pertenecen a Jesucristo, y todos los que están en la iglesia son sirvientes de Cristo. En toda decisión que tiene que ver con la iglesia o alguna de sus partes, el factor decisivo debe ser, no lo que algún hombre quiere que la iglesia haga, sino lo que Jesucristo, el Amo, Dueño y Señor de la iglesia, quiere que ella haga. Si pudiéramos lograr instilar esta idea en laicos, diáconos y pastores, todo conflicto en la iglesia se acabaría.

Los Bautistas siempre han enfatizado la autonomía de la iglesia local. Desde el principio fuimos renuentes para formar asociaciones y convenciones por temor a que un comité, junta, convención o potentado pudiera interferir en la libertad con que alguna iglesia responde a Cristo. Cuando los Bautistas de Texas formaron inicialmente una asociación en 1840, lo primero que hicieron fue afirmar la autonomía de la iglesia local. Cuando los Bautistas de Texas formaron su primera convención en 1848, renunciaron “absolutamente y para siempre” a toda autoridad sobre las iglesias. ¿Por qué? Para garantizar que las iglesias sería libres para responder a Cristo.

Una vez oí a un predicador que decir: “Si una iglesia Bautista decide ordenar a un orangután como pastor, es libre de hacerlo.” ¡Unas cuántas lo han hecho! Pero autonomía no quiere decir eso. Decir que una iglesia es autónoma no quiere decir que es libre para hacer lo que le plazca. Es libre para hacer lo que le place a Cristo. Autonomía quiere decir que ninguna junta, individuo ni convención puede interponerse entre la iglesia local

y Cristo para hacer lo que está convencida que Cristo, su Cabeza, quiere que haga.

No Sabía que Nos Habíamos Peleado

Cuarto, Jesús es el Salvador del mundo. Juan declara que Cristo “nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre” (Ap. 1:5). Por lo que sabemos, no le costó nada a Dios crear todas las cosas, pero salvarnos le costó a Dios su propio Hijo amado.

Este es uno de los cuadros más claros en la Biblia de lo que Jesús, el Salvador hace por nosotros: Nos ama, nos liberta, nos lava de nuestros pecados con su propia sangre, nos ensalza, haciéndonos reyes y sacerdotes para Dios. En Colosenses Pablo lo dice de esta manera: “por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, . . . haciendo la paz mediante la sangre de su cruz” (Col. 1:20).

En la vieja película *Papá Sabe Mejor* hay una escena cuando la esposa se da cuenta de que su esposo, que se crió como episcopal, nunca se había bautizado. Le preguntó: “¿Has hecho paz con Dios?” Él le contesta: “No sabía que nos habíamos peleado.” Más adelante en la película la esposa le dice: “No puedo creer que no hayas hecho la paz con Dios.” Él responde: “Nos llevábamos muy bien hasta que tú lo indispusiste.”

Muchos tienen una pelea real con Dios. En el libro *Marx and Satan (Marx y Satanás)* escrito por Richard Wurmbrand y publicado por Crossway Books, Wurmbrand indica que en su juventud Karl Marx afirmaba ser cristiano, pero cuando terminó la secundaria: “algo misterioso sucedió en su vida; se volvió apasionadamente antireligioso. Un nuevo Marx empezó a surgir. Escribió en un poema: ‘Quiero vengarme contra Aquel que gobierna arriba.’ Tenía una pelea con Dios.”

Aunque no tengamos una pelea abierta con Dios, Dios la tiene con nosotros (Jer. 23:31; Os. 4:1; 12:2; Miq. 6:2). Todos hemos pecado, y nuestro pecado nos separa de Dios. Nosotros tal vez no tomamos el pecado en serio, pero Dios sí lo toma. El pecado es una cuña entre Dios y nosotros, que nosotros tenemos que resolver.

Dios tiene pleito con nosotros, y nadie se lleva bien con él sin Jesucristo. Por su sangre Cristo pagó la pena de nuestro pecado, y así nosotros “tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados” (Col. 1:14).

En el versículo tal vez más grande del Nuevo Testamento Pablo declara que “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo” (2Cor. 5:19). No entiendo cómo un carpintero judío, muriendo en una cruz, en tiempos del imperio romano, en el primer siglo, pudiera ejercer algún efecto en mi vida hoy, pero sé que lo hace. Lo que sucedió en la antigua cruz rústica resolvió mi pecado e hizo posible que yo sea reconciliado con Dios y tenga paz con él, y paz en mi corazón.

Viene con las Nubes

Finalmente, Cristo es el Rey que viene. Juan dice: “He aquí que viene con las nubes” (Ap. 1:7). Murió por nuestros pecados, pero resucitó. Ahora él viene otra vez.

Un hombre llegó a una ciudad pequeña del oeste de Texas y se alojó en su único hotel. Le preguntó al dueño: “¿Hay un teléfono en el cuarto?” El dueño le dijo: “No. No creemos en eso por aquí.” El hombre le preguntó: “¿Hay un televisor en la habitación?” El dueño le dijo: “No; no creemos en eso por aquí.” El hombre siguió: “Pues bien, ¿tienen periódico?” El dueño le respondió: “No, no creemos en eso por esos lados.” El hombre entonces le dijo: “¿En qué creen?” El otro respondió: “Creemos en la segunda venida de Cristo.” El extraño res-

pondió: "Pues bien, si alguna vez él estuvo por aquí antes, no piense que vaya a volver."

Jesús ha estado aquí antes, ¡y regresa! Es una promesa (Jn. 14:1-6). No sé cuándo, ni nadie lo sabe. No sé todos los eventos que precederán y acompañarán su venida, ni tampoco nadie lo sabe. Pero sí sé que el mundo no ha visto a Jesús por última vez. Volverá, y esta vez como Rey de reyes y Señor de señores.

En un tiempo cuando a los creyentes se les forzaba a declarar que "César era el Señor," el Apocalipsis de Juan les aseguró a ellos, y a nosotros hoy, que Jesús es el único Señor verdadero. Leí una marquesina en un templo que decía: "Pronóstico para hoy: Jesús Reina." Ese es el mensaje de Apocalipsis.

Debido a todo esto Cristo debe ser preeminente en nuestras vidas (Col. 1:18b). Es preeminente en revelación, es preeminente en creación, es preeminente en organización, es preeminente en salvación, y será preeminente en la consumación. Un Cristo así merece el primer lugar en su corazón y en su vida.

Jesús le dijo una vez a un joven: "Sígueme." El joven le respondió: "¡Déjame primero ir y enterrar a mi padre." Jesús le respondió en términos inequívocos: "Deja que los muertos entierren a sus muertos; y tú ve, y anuncia el reino de Dios" (Lc. 9:59-60). Estaba diciendo, en efecto: "Yo no ocupo el segundo lugar. Soy el primero, o nada." Ese es su llamado a nosotros hoy: "Ven y sígueme; pero debo ser el primero. Yo no toco segundo violín."

W. E. Sangsten una vez oraba: "Señor: No nos importa quien sea el segundo siempre y cuando tú seas el primero." Esa es también nuestra oración.

2

La Iglesia sin Amor

Apocalipsis 2:1-5

Napoleón una vez señaló un mapa de China y dijo: “Allí hay un gigante dormido. Si alguna vez se despierta, nadie lo podrá detener.” Lo mismo se puede decir de la iglesia. Es un gigante dormido. Todos los domingos las bancas se llenan de miembros que no están haciendo nada con su fe, excepto “guardarla.”

La gran necesidad de la iglesia es despertarse. Lo que necesita no es más dinero, ni edificios más grandes, ni más actividades y ni siquiera más miembros. Es despertamiento. La iglesia debe volver a su primer amor. Ese es el mensaje del Señor resucitado a la iglesia de Éfeso, cuando le dice: “Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor” (Ap. 2:4).

El Señor empieza con un elogio. Elogia a Éfeso por sus obras, su paciencia, su ortodoxia y su fidelidad. Su horario semanal estaba lleno de actividades. Estaban muy ocupados sirviendo al Señor, y no era servicio a medias. Se esforzaban. Sudaban. Trabajaban como esclavos. Trabajaban noche y día.

Eran pacientes. Éfeso era una ciudad pagana, y los cristianos había sufrido persecución. Era duro vivir por Cristo, pero no se habían dado por vencidos. Se mantenían firmes bajo presión y seguían viviendo por Cristo.

Eran ortodoxos. Jesús había advertido que vendrían “lobos con pieles de ovejas” (Mt. 7:15). El apóstol Pablo había repetido la misma advertencia (Hch. 20:29). Los ancianos de Éfeso había tomado en serio la advertencia y no toleraban a los maestros que estaban pervirtiendo el evangelio. Era fieles, y seguían avanzando en su peregrinaje cristiano.

Si el Señor se hubiera detenido aquí, uno pensaría que era una iglesia casi perfecta que todo ministro quisiera pastorear y en la que todo creyente querría ser miembro. Pero Cristo no se detiene allí. Dice: “Sin embargo, tengo algo contra ti” ¿Qué podría, posiblemente, el Señor tener contra una iglesia que estaba trabajando, manteniéndose firme bajo la presión de la persecución, conservándose doctrinalmente pura, y siendo fiel?

La iglesia había perdido el fervor y amor que había tenido al principio. La luna de miel se había acabado. Su fe se había convertido en el “sombbrero viejo.” Rutina. Tenían un programa activo en la iglesia, pero no de corazón. Estaban haciendo todo lo debido, pero por motivos indebidos. Habían perdido el entusiasmo y emoción de su fe. Habían perdido esa relación ferviente, personal y gozosa que habían conocido al principio cuando empezaron a seguir a Cristo. Los diáconos tenían todavía sus reuniones, y hablaban de asuntos de la iglesia, y votaban sobre asuntos cruciales, pero sus intereses estaban en otros asuntos. Los maestros seguían parándose ante sus clases cada domingo, pero hablaban de labios para afuera y no de corazón. El amor y entusiasmo había desaparecido de su cristianismo. El entusiasmo y gozo simplemente no estaban presentes.

Amor y devoción a Cristo es el corazón de la fe cristiana. El cristianismo no es someterse a un ritual, unirse

a una organización, aceptar un credo o hacer sacrificios. Es llegar a conocer y amar una persona: Jesucristo. Los efesios habían perdido eso, y nada de las cosas que Dios elogió bastaría para compensar por la pérdida de su primer amor. Las cosas nunca sirven para eso.

El trabajo no es sustituto por el amor. Pablo escribió: “Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve” (1 Cor. 13:3). No basta trabajar; debemos preguntarnos: “¿Por qué hago eso? ¿Es porque tengo que hacerlo? ¿Es porque alguien tiene que hacerlo? ¿Es porque para esto me eligieron? ¿O es por amor y devoción a Cristo?”

La ortodoxia no es sustituto por el amor. Uno puede ser totalmente recto como cañón teológico e igual de frío como cañón espiritual. El celo que no es motivado por el amor puede ser peligroso. Cabezas ardientes pueden tener corazones de hielo. En verdad, la ortodoxia lleva en sí el peligro innato de hacer que la gente sea rígida, critica, orgullosa y dada a juzgar.

Tampoco la paciencia y la fidelidad son sustitutos por el amor. Toby Frost dijo que un día su esposa estaba leyendo su Biblia y se echó a llorar. Le preguntó qué pasaba, y ella respondió: “El Señor me ha acaba de enseñar que yo estoy más enamorada del cristianismo que de Cristo.” Lo mismo puede sucedernos a nosotros. El amor a las personas, a los cultos, a los edificios, a las tradiciones, puede en realidad significar para nosotros más que Cristo mismo.

Nada puede sustituir al amor. Un hombre puede colmar de regalos a su esposa: casas, carros, joyas y pieles, pero si ella percibe que él realmente no está comprometido con ella, que ella no es la número uno en su vida, que hay otra en su vida, todo lo demás importa poco.

Éfeso era típica de muchas iglesias de hoy. Permitían que los cultos sean poco más que un mero formalismo, un rito; hacían todo lo que había que hacer. Era aburrido. La mayoría de las cosas pierden su lustre con el tiempo: la plata se ennegrece, el hierro se oxida, la tinta se desvanece, el papel se torna amarillo, la madera se pudre, la pintura se pela, el cemento se agrieta, y “el amor . . . se enfriará” (Mt. 24:12).

Lo que le sucedió a Éfeso puede pasarnos a nosotros. Por esto el Señor llama a la iglesia a recordar, a arrepentirse, y a volver a sus primeras obras. No son tres actos separados. Son tres partes del mismo acto. Tenemos que recordar lo emocionados que estuvimos en cuanto a nuestra fe, el anhelo que teníamos de agradar al Señor, el hambre que sentíamos por aprender, el ansia que teníamos para hablarles de él a otros, y que esas cosas ya no son así.

Luego tenemos que arrepentirnos, que dejar atrás nuestra falta de amor sin buscar pretextos ni tratar de echarle la culpa a algún otro que no seamos nosotros mismos. Debemos volver a nuestras primeras obras, es decir, a hacer lo que hacíamos cuando apenas habíamos llegado a conocer al Señor.

¿De qué se trata? ¿Qué debemos volver a hacer a fin de recuperar nuestro primer amor? Hay cuatro cosas que debemos hacer.

- Debemos adorar sinceramente.
- Debemos andar obedientemente.
- Debemos esperar calladamente.
- Debemos testificar fielmente.

Ni Adoración a Ídolos ni Adoración Ociosa

Primero, si queremos volver a nuestro primer amor debemos adorar sinceramente. Alguien ha dicho que

nuestras prioridades en la vida deben estar como es debido: Deben ser adorar, trabajar, y jugar, pero con demasiada frecuencia adoramos nuestro trabajo, trabajamos al jugar, y jugamos a adorar.

Cuando jugamos a adorar indicamos que hemos perdido nuestro primer amor y necesitamos despertamiento. El profeta Malaquías pinta un cuadro lóbrego de Israel jugando a la adoración. El pueblo seguía yendo a la casa de Dios y ofreciendo sacrificios, pero estaban ofrendando animales ciegos, cojos y enfermos. Estaban dando lo que no querían para sí mismos. La adoración a medias nunca satisface. Así que al realizar esa adoración sin significado, decía: “¡Oh, qué fastidio es esto!” (Mal. 1:13).

La adoración el pueblo de Israel se caracterizaba más por un bostezo que por un grito. Se sentaban en el templo, y miraban a sus relojes, y se preguntaban: “¿A qué hora va este predicador a terminar para poder irnos a casa y hacer algo importante?” No estaban dispuestos a abandonar la adoración del todo, pero tampoco estaban dispuestos a darle a Dios lo mejor. Así que se conformaban con un ritual insulso.

La religión es o bien una fiebre aguda o una monotonía tediosa. Es nuestra sinceridad al adorar lo que hace la diferencia. Hoy hablamos de cultos contemporáneos. De lo que tenemos que hablar es de cultos despreciables, del tipo que insulta a Dios, porque no son sinceros.

El profeta Isaías describe la adoración como debe ser. Dice que “En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo.”

Por encima del Señor había ángeles que clamaban: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria.”

Luego Isaías dijo: “¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos.”

Entonces uno de los ángeles tomó un carbón encendido del altar, y lo puso sobre los labios de Isaías, y le dijo: “He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado.”

Después Isaías oyó la voz del Señor que decía: “¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?” E Isaías respondió: “Heme aquí, envíame a mí” (Is. 6:1-9).

¿Cuándo fue la última vez que usted adoró de esa manera? Cuando adoramos con sinceridad hay más “Ay de mí,” y “envíame,” que “¡hurra!” Nuestro problema hoy no es que adoramos ídolos, sino que nuestra adoración es ociosa. Venimos a la presencia del Rey con ropa desaliñada y, peor todavía, con actitud desaliñada.

¿Puede usted recordar la última vez cuando vio al Rey y sintió el aguijón del pecado? ¿Cuánto fue la última vez que sintió el carbón encendido en su alma pecadora? ¿Cuánto tiempo hace desde la última vez que dijo un “amén” de corazón en un culto? ¿Cuándo fue la última vez que derramó una lágrima por el pecado en su vida o la condición perdida de algún amigo? ¿Cuándo fue la última vez que se arrodilló con humildad delante de Dios y del hombre? ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que su corazón latió aceleradamente durante la invitación, porque sentía la necesidad de responder? ¿Cuándo fue la última vez que rededicó su vida a Cristo? ¿Cuándo fue la última vez que oyó y respondió el llamado de Dios al servicio?

Si está yendo a la iglesia más y disfrutándolo menos, necesita volver a descubrir su primer amor. Necesita

ta despertamiento. Necesita orar: “Vuélveme el gozo de tu salvación, Y espíritu noble me sustente” (Sal. 51:12).

La Mitad a mi Favor, y la Mitad en Contra mía

Segundo, si queremos volver a nuestro primer amor debemos andar obedientemente. El primer llamado de Jesús a Simón Pedro fue: “Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres” (Mt. 4:19), y de inmediato Pedro dejó su trabajo y le siguió. Le siguió por años. Luego llegó la noche de la traición de Jesús, su arresto y juicio. Mientras los demás discípulos huían como conejos asustados, Pedro “le seguía de lejos,” literal y figuradamente. Cuando el sanedrín celebraba su farsa de juicios Pedro observaba y escuchaba. Alguien hizo una fogata en el patio. Conforme el juicio se alargaba, la noche enfrió, y el fuego calentó, y Pedro se entibió. Cuando le preguntaron si era un seguidor de Cristo, negó conocerle, no una vez, sino tres veces. Fue después de esas negaciones que volvió a ver a Jesús junto al Mar de Galilea, y fue reinstaurado a su apostolado. La pregunta que Jesús le hizo fue: “Simón, ¿me amas?” Tres veces se lo preguntó Jesús. Cada vez Pedro respondió afirmativamente, y Jesús le dijo: “Apacienta mis corderos” (Jn. 21:15-17). Si Pedro realmente le amaba, Jesús tenía un trabajo para que haga.

Y a nosotros nos dice: “Si me aman, guarden mis mandamientos” (Jn. 14:15). El amor exige que hagamos lo que él dice; que vivamos una vida santa, y que andemos en obediencia. El Señor no nos salvó para que nos quedemos sentados, nos empapemos y agriemos. Nos salvó para que le sirvamos. Para muchos creyentes lo principal es sentarse en una banca de atrás y ser alimentado. Pues bien, toda criatura necesita que se le alimente, desde los puercos hacia arriba, pero hay en la vida

cristiana mucho más que simplemente recibir comida. Con el tiempo es preciso quitarnos los baberos y ponernos el delantal. El Señor nos dice, como le dijo a Pedro: "Si me amas, pon manos a mi obra."

Cada vez es más y más duro encontrar personas que trabajen para el Señor. La mitad de nuestros miembros son "inactivos." En realidad no hay cosa tal. Jesús dijo: "El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama" (Lc. 11:23). Un predicador lo dijo muy bien. Cuando le preguntaron cuántos miembros tenía en su congregación, respondió: "Cien." Luego le preguntaron: "¿Cuántos son activos?" Él respondió: "Todos. Cincuenta a mi favor, y cincuenta en contra mía."

Eso fue lo que Jesús dijo. Uno está con él o en contra de él. Usted está bien recogiendo o desparramando. No hay neutralidad en la vida cristiana. Mientras la mitad de nuestros miembros son inactivos, tenemos que acicatear, rogar, suplicar, incitar, y abochornar a la otra mitad para lograr que se pongan a trabajar. La mayoría de comités de nombramientos de las iglesias se reúnen trece meses al año. Buscan a todo el que anda y respira. Si usted puede ver un rayo y oír un trueno, y decir que "sí," lo eligen.

Hay algo peor que no ir a la iglesia. Es ir a la iglesia no hacer nada con lo que uno oye. Santiago dice: "Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos" (Stg. 1:22). Es fácil engañarse uno mismo pensando que uno lo ha hecho todo lo que hay que hacer simplemente al oír la palabra de Dios. Hay que practicarla. Hay que andar obedientemente con Jesús.

Oyendo tanto como Alistándonos

Tercero, si queremos volver a nuestro primer amor, tenemos que andar calladamente. No debemos atarear-

nos tanto que no tengamos tiempo para pasarlo con él. Eso fue lo que le sucedió a Marta. Se preocupó tanto por cocinar para Jesús que descuidó lo principal: pasar tiempo con él, escucharle y aprender de él (Lc. 10:38-42).

Para nosotros esto quiere decir que debemos tener un tiempo de oración privada y estudio bíblico, y que no podemos simplemente entrar a la carrera, y desfogarlo. Tenemos que pasar con Dios tiempo de quietud. El problema con la mayoría de los que oran es que dicen "amén" y salen a la carrera sin darle a Dios oportunidad para que responda. Frank Laubach nos recuerda: "Escuchar a Dios es tan importante como decirle tus ideas."

Una amistad se morirá si no se la cultiva mediante el contacto continuo, y la manera más poderosa de conectarse con otra persona es simplemente escuchar. Es en silencio que con mayor frecuencia nos encontramos con Dios, como nos recuerda la Biblia: "Estad quietos, y conoced que yo soy Dios" (Sal. 46:10). Si somos reverentes y cerramos el pico por un momento, Dios tal vez nos susurre al oído. Si no guardamos silencio, a lo mejor no lo perdemos.

Sor Teresa de Calcuta compuso un poema profundo sobre el silencio y el alma, que dice:

Necesitamos hallar a Dios,
y no se le puede hallar en el ruido y
impaciencia.
Dios es amigo del silencio.
Ve cómo la naturaleza: árboles, flores, hierba,
crece en silencio.
Ve las estrellas, la luna, el sol,
cómo se mueven en silencio.
¿No es nuestra misión
darle Dios al pobre?

No un Dios muerto, sino un Dios vivo y
amante.
Mientras más recibimos en oración en silencio,
más podemos dar en nuestra vida activa.
Necesitamos silencio
para poder tocar almas.
Lo esencial es
no lo que decimos,
sino lo que Dios nos dice
a nosotros y por medio nuestro.
Todas nuestras palabras serán inútiles
A menos que broten desde adentro.
Palabras
Que no den la luz de Cristo
Aumentan la oscuridad.

¿Es Usted un Amigo Real?

Cuarto, si queremos volver a nuestro primer amor, debemos testificar fielmente. “El requisito primordial para el misionero,” decía Hudson Taylor, “no es amor por las almas, como tan a menudo se oye, sino amor a Cristo.” El amor del apóstol Pablo por los perdidos brotaba de ese amor. Escribió: “Hermanos, ciertamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación” (Rom. 10:1). Esa clase de anhelo por nuestros amigos tiene que estar en el corazón de todo creyente. Vivimos en un mundo en el que millones mueren sin oír el evangelio. El mundo está clamando respuestas, y el pueblo de Dios está tartamudeando.

J. Wilbur Chapman, famoso evangelista, relataba hace varios años que “El Nuevo Testamento menciona a cuarenta personas, todas padeciendo alguna enfermedad, que fueron sanadas por Jesús. De esas cuarenta, a treinta y cuatro las trajo a Jesús algún amigo, o algún

amigo llevó a Jesús a ellas. Sólo seis de lo cuarenta sufrientes se abrieron paso a Jesús sin ayuda. Usando estos números como ilustración, el 82 por ciento de las personas conocen a Jesús sólo debido al interés de algún amigo."

¿Es usted amigo? No lo es si está dispuesto a dejar que sus amigos vayan al infierno sin hacer algún esfuerzo por llevarlos a Jesucristo. Oscar Hammerstein le dio una vez a Mary Martin un poema escrito en un papel arrugado. Decía:

Un canto no es canto sino cuando lo cantas,
Una campana no es campana sino cuando repicas,
El amor de tu corazón no fue puesto allí para quedarse.
El amor no es amor sino cuando lo das.

Si realmente amamos a Cristo de corazón, si él es nuestro primer amor, entonces les hablaremos de él a otros.

Hay un cuento bien conocido de un anciano y su esposa que viajaban por la carretera un día, él conduciendo, ella en el asiento del pasajero. De repente una pareja joven los rebasó en un auto deportivo. La joven estaba sentada junto a su novio, y él tenía uno de sus brazos sobre los hombros de la muchacha. La anciana se volvió al viejo y le dijo: "Querido, ¿te acuerdas que nosotros solíamos sentarnos así? ¿Qué nos pasó?"

El viejo respondió: "Cariño: yo no me he movido."

Si usted no está cerca del Señor como lo estaba una vez, no se equivoque respecto a quién se ha movido. Por eso él nos dice: "Recuerda . . . arrepíentete . . . y acércate de nuevo."

3

La Iglesia Leal

Apocalipsis 2:10

El 2 de abril de 1984 la Universidad Georgetown ganó su primer y único campeonato de básquetbol de la NCAA al derrotar a la Universidad de Houston, 84 a 75. Con toda su alineación inicial volviendo al año siguiente corría la voz de que lo repetirían, y que Georgetown estaba a punto de convertirse en dinastía en el básquetbol universitario.

John Thompson, entrenador de los Hoyas, respondió a estas ideas diciendo: “Pienso que las probabilidades que tenemos son terribles. Lo más duro del mundo es volver. Estos muchachos se engrairán. Una repetición será muy, pero muy dura.”

Cuando se le preguntó cuál sería su alineación inicial para el próximo año, respondió: “No pongo gran énfasis a quien empieza. Lo más importante es quien termina.”

Eso es también lo importante para nuestro Señor. Por eso le dice a la iglesia de Esmirna: “Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida” (Ap. 2:10).

La fidelidad es un tema que se repite a menudo en las Escrituras. Jesús dijo: “Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios” (Luc. 9:62). De la iglesia apostólica Lucas dice que “perseveraban en la doctrina de los apóstoles” (Hch.

2:42). Esos creyentes tenían poder para perseverar. Se podía contar con ellos.

Repetidamente se nos exhorta a “estar firmes en la fe” (1 Cor. 16:13), a “estar firmes en el Señor” (Flp. 4:1), y a tomar “toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes” (Ef. 6:13).

Después de su gran tratado sobre la resurrección el apóstol Pablo amonestaba: “Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre” (1 Cor. 15:58). También nos recuerda que “se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel” (1 Cor. 4:2). No se nos pide que logremos éxito; lo que se nos pide es que seamos fieles.

Casi todos pueden empezar bien, pero pocos perseveran lo suficiente como para terminar bien. Por eso el recordatorio a la iglesia de Esmirna es tan importante. El Señor le está hablando a una iglesia que enfrentaba severa persecución. Algunos de ellos habían sido puestos en la cárcel por su fe. Necesitaban una palabra de aliento para seguir siendo fieles. Hoy no enfrentamos las mismas pruebas, pero sí enfrentamos las mismas dificultades para seguir siendo fieles al Señor.

El reto del Señor para nosotros es que seamos fieles hasta la muerte. No debemos ser fieles hasta que nos cansemos, o nos jubilemos, sino hasta que expiremos. Debemos ser fieles hasta la muerte.

La Biblia nos dice que nada nos puede separar del amor de Dios (Rom. 8:35-39). Él es fiel con nosotros, pero nosotros no siempre le somos fieles. Hay por lo menos cinco obstáculos a nuestra fidelidad: autosuficiencia, amargura de la vida, materialismo, desilusión de otros y pecado secreto.

¿Qué debemos hacer, y qué podemos hacer, para asegurarnos mejor de ser fieles hasta la muerte? Ofrezco estas sugerencias:

- Cultivar una vida devocional disciplinada.
- Aceptar que la vida es dura.
- Ser un buen mayordomo de sus posesiones.
- Recordar que la iglesia es a la vez humana y divina.
- Mantener al día la cuenta de sus pecados.

Simplemente Vamos a Hacerlo

Primero, debemos cultivar una vida devocional fuerte. La vida cristiana es como un artefacto electrodoméstico: tiene que tener electricidad para poder funcionar. La oración y el estudio bíblico son las dos clavijas del enchufe que nos conectan con el poder de Dios. Si descuidamos la oración y el estudio de la Biblia causamos un corto circuito en nuestra vida espiritual y descuidamos nuestras almas.

Debemos empezar con oración. Así es como hablamos con Dios. Si Dios puede lograr que nos arrodillemos, puede mantenernos de pie. Es imposible perder pie cuando se está de rodillas. El misionero E. Stanley Jones decía: "He hallado que soy mejor o peor según ore más u ore menos."

Luego debemos estudiar nuestra Biblia. Así es como Dios nos habla. Para que sea lo mejor, hay que hacerlo en quietud y meditación. Uno no puede entrar escurriéndose atrasado a la clase de Escuela Dominical con una moneda en una mano y una revista en la otra y con eso recibir todo el conocimiento bíblico que necesita. John Adams, firmante de la Declaración de la Independencia y segundo presidente de los Estados Unidos, le escribió a su hijo, Carlos, que estudiaba en Harvard y que se in-

clinaba demasiado a la vida social, que “El erudito siempre se hace solo. Sólo uno mismo puede llevar a buen propósito los estudios. No dejes que tus compañías, entonces, ni tus diversiones, absorban demasiado de tu tiempo” (David McCullough, *John Adams*, p. 365). Podemos y debemos ponernos bajo maestros talentosos, pero nada puede sustituir una vida devocional personal.

Si uno descuida su vida devocional, empieza a resbalarse. Uno no puede tener intimidad con una persona con quien no se comunica. Si guardamos reverencia y silencio por un rato, Dios tal vez nos susurre al oído. Todos necesitamos un tiempo de quietud con Dios, para poder escucharle.

Algunos están diciendo: “Simplemente no tengo tiempo para eso.” Valerie Young, especialista de mercadeo financiero de North Hampton, Massachusetts, aprendió una lección importante en cuanto a hacer lo que es importante en la vida. Gastaba dos horas al día yendo y viniendo de su trabajo, y deseando estar en otra parte, cuando su madre murió de un repentino ataque cardíaco, solo cinco meses antes de jubilarse. No fue simplemente la pérdida que la afectó tan profundamente. Fue el darse cuenta de los incontables sueños y aficiones que su madre había pospuesto.

“Una empieza a pensar que el futuro necesariamente no va a llegar,” dijo. Así que cambió su vida, cambió de trabajos, y dejó de posponer las cosas importantes de su vida.

Un día llamó a su padre, que frisaba los setenta, y que vivía cerca, para invitarlo a almorzar. Sabiendo lo ocupada que estaba su hija, él le dijo: “Algún día cuando no tengas nada para hacer, llámame.”

“Sabes una cosa, papá,” respondió ella. “Nunca voy a despertarme un día y decir: ‘Hoy no tengo nada para

hacer.' Así que simplemente vamos a hacerlo" (*Reader's Digest*, octubre del 2000).

Así es como debe ser en nuestra vida devocional. Nunca vamos a despertarnos un buen día y decir: "Tengo tiempo para esto." Simplemente tenemos que hacerlo. Es esencial ser fieles hasta la muerte. Dietrich Bonhoeffer decía: "El que piensa que su tiempo es demasiado valioso como para pasarlo estando en quietud a la larga no va a tener tiempo ni para Dios ni para su hermano, sino sólo para sí mismo y sus propias necesidades."

La Vida Es Dura . . . Dios Es Misericordioso . . . El Cielo Es Seguro

Segundo, tenemos que aceptar el hecho de que la vida es dura. Ted Turner, fundador de CNN y la Cadena de Cable Turner, es el más rico terrateniente privado de los Estados Unidos. Según las últimas cifras tiene 1.7 millones de acres agrícolas en Nuevo México, Montana, Dakota del Sur y Nebraska. Se le ha llamado "la boca del sur" por su conducta pública abierta. Hace unos años prometió un mil millones de dólares a las obras de beneficencia de las Naciones Unidas, que pagó en abonos de cien millones de dólares. Desdichadamente, es un ateo devoto y sin pelos en la lengua.

En 1990, hablando ante la convención de la American Humanist Association, Turner dijo: "El cristianismo es una religión para perdedores." Aunque se disculpó por el fraseo de esta cita, sigue creyendo su mensaje.

Ted Turner creció en una familia que iba a la iglesia, y según su ex-esposa, Jane Fonda, incluso consideró ser misionero hasta que ocurrió una tragedia en su familia (*Dallas Morning News*, 1º de julio del 2000). Su hermana, Mary Jane, contrajo lupus. Lucho por cinco años con la dolorosa enfermedad, a veces causando escenas de pe-

sadilla en casa con sus alaridos de tortura: "Dios ¡déjame morir! ¡Déjame morir!" imploraba. Finalmente, a los 15 años, ella murió, y Ed Turner, su padre, quedó inconsolable. Cuando un hombre habló con el padre afligido por el dolor, diciéndole: "El Señor obra de manera misteriosas, para obrar sus maravillas," Ed le contestó furioso: "Si ese es el tipo de Dios que es, no quiero tener nada que ver con él." Nunca volvió a la iglesia, y el joven Ted también abandonó la fe (*Reader's Digest*, septiembre de 1998).

Esto le pasa a mucha gente. A menos que podamos aceptar el hecho de que el sufrimiento es un misterio, nosotros también sucumbiremos a la amargura. El por qué sufren los inocentes sigue siendo un gran misterio. Hay en realidad varias respuestas a esa pregunta.

Por un lado, sufrimos porque vivimos en un mundo maldito por el pecado. Cuando la naturaleza humana cayó, también cayó la naturaleza física. Tormentas, inundaciones, terremotos y erupciones volcánicas son resultado de un mundo bajo la maldición del pecado. El simple hecho de vivir en un mundo así es correr riesgos. Es como entrar en la sala de aislamiento de un hospital sin ponerse mascarilla, ni guantes ni bata. Uno se expone al peligro simplemente por entrar.

Una parte del sufrimiento se debe a la libertad humana. Cuando Dios hizo al hombre tenía la opción de hacernos robots, sin decisión; como los animales, o sea con alternativas limitadas; o como sí mismo, con libertad de elección. Dios escogió hacernos a su imagen.

Si somos libres, entonces somos libres para pecar. Eso quiere decir que un individuo puede emborracharse, sentarse al volante de un automóvil y matarse a sí mismo o matarlo a usted. Eso quiere decir que una persona quede echarse a volar con una dosis de droga, robar una

tienda y matar al empleado o matarlo a usted si usted está allí. Es el precio de la libertad.

Y somos libres para hacer tonterías. Los problemas muy a menudo surgen porque los buscamos: conducimos a demasiada velocidad, o por el lado indebido de la calle, o en una curva, o sobre hielo. El salmista decía: "Y él les dio lo que pidieron; Mas envió mortandad sobre ellos" (Sal. 106:15). La tragedia tanto como la comedia de esta vida es que la gente muy a menudo recibe exactamente lo que pide en oración.

Algunos fuman. La nicotina es un veneno. Se la usa como herbicida para matar plantas. La gente que la usa pone en peligro su propia vida. Tenía una hermana que murió de cáncer en los pulmones debido al cigarrillo. Tengo otra hermana que fuma y ahora tiene cáncer en los pulmones. Cuando lo descubrieron mi mamá me dijo: "Ora por Emma." Le pregunté: "¿Dejó ya de fumar?" Mi madre respondió: "No."

Le dije: "Entonces no voy a orar por ella. Es necio orar por una persona que tiene cáncer en los pulmones y sigue fumando." La verdad es que sería como sembrar cizaña y orar que la cosecha fracase. No tiene sentido.

¿Lo va a llevar al infierno el hecho de fumar? No, pero hará que usted hieda como si hubiera estado allí. ¿Le impedirá ir al cielo? No, pero a lo mejor hace que llegue allá más pronto.

Una parte del sufrimiento se debe a Satanás. ¿Recuerdan a Job? Era un buen hombre que sufrió la pérdida de salud, riqueza y familia. Nada de su sufrimiento vino de Dios. Todo fue obra del diablo.

Jesús una vez curó a una mujer que había estado encorvada, probablemente por escoliosis, por dieciocho años. Cuando lo criticaron por sanarla en el sabbat, él respondió: "Y a esta hija de Abraham, que Satanás había

atado dieciocho años, ¿no se le debía desatar de esta ligadura en el día de reposo?" (Lc. 13:16).

El apóstol Pablo describió su "aguijón en la carne" como un "mensajero de Satanás que me abofetee" (2 Cor. 12:7). La palabra "abofetear" significa literalmente "dar de golpes, golpear, dar de puñetazos." Es la misma palabra que se usa para describir lo que los soldados le hicieron a Jesús en sus juicios. Le golpeaban, le abofeteaban, le daba de puñetazos.

La aflicción de Pablo lo tenía golpeado, agotado, al punto de tener que depender totalmente de Dios. Hablaba de su aflicción como "aguijón en la carne." La palabra "aguijón" sugiere que era intensamente dolorosa. La palabra "carne" indica su ubicación. Era una aflicción física intensamente dolorosa que le mantenía agotado. No le echa la culpa a Dios. Claramente dice que era "un mensajero de Satanás."

Satanás es tan engañador que causa la mayoría de sufrimiento en el mundo, y se le echa la culpa a Dios. ¿Cuándo ha oído usted, alguna vez, a alguien que está atravesando dificultades decir: "¿Por qué Satanás me hace esto?" Siempre decimos: "¿Por qué Dios me hace esto?" Satanás es el culpable, pero le echamos a Dios la culpa. Así de engañador es el diablo.

Una parte del sufrimiento es disciplina divina. El salmista decía: "Antes que fuera yo humillado, descañado andaba; Mas ahora guardo tu palabra. Bueno me es haber sido humillado, Para que aprenda tus estatutos" (Sal. 119:67, 71).

Hugo Torres Gómez se crió en Cuba. Asistió a una escuela de cuáqueros y temprano en su vida sintió el llamado al ministerio, pero quería ser contador. Así que después de la secundaria asistió a la universidad y obtuvo su título como contador. Para cuando terminó la

universidad la guerra civil asolaba Cuba entre el ejército del dictador Fulgencio Batista y los rebeldes que seguían a Fidel Castro. Hugo creía que las fuerzas armadas eran una carrera gloriosa y honorable, así que se matriculó en la academia militar.

Cuando se graduó Torres podía haber conseguido un trabajo de oficina porque su vecino era un alto oficial del gobierno. Pero en lugar de eso optó por irse a las montañas para pelear con Batista contra las guerrillas de Castro. Cinco veces fue herido en batalla. En una ocasión recibió una herida tan severa en el hombro que por poco se muere. Tuvieron que cargarlo por más de veinte kilómetros para que recibiera atención médica adecuada como para sobrevivir.

Hugo pronto descubrió que el ejército en realidad era corrupto. Batista suplía armas para las guerrillas, porque pensaba que la guerra civil era buena para el país. Hugo dijo que se despertó un día y el gobierno se había esfumado, así como todos los oficiales. Batista y su gente habían huido del país, dejándoselo a los rebeldes.

Hugo y los demás soldados no tuvieron otra alternativa que unirse a las fuerzas de Castro. Entonces vieron a los hombres de Castro poner en fila a cientos de personas ante un pelotón de fusilamiento, matarlos y enterrarlos en tumbas masivas cavadas con bulldozer. Allí fue cuando decidió dejar el país.

Huyó a los Estados Unidos, y llegó a Tyler, Texas, en donde empezó a trabajar como contador para la Delta Drilling Company. Junto con su esposa llegaron a nuestra iglesia y fueron miembros activos. De nuevo sintió el llamado al ministerio, y ¡esta vez respondió! Llegó a ser pastor de una iglesia hispana en Henderson, y lo último que supe de él es que junto con su esposa, Felicidad, estaban sirviendo como misioneros en México.

Cuando dio su testimonio en nuestra iglesia, Hugo dijo: "Cuando el tiempo cambia siento dolor en el hombro (señalando el lugar donde recibió la herida), que es como Dios me hace recordar mi desobediencia."

Así les sucede a muchos, pero la mayor parte del sufrimiento sigue siendo un misterio. Simplemente no sabemos por qué sucede.

Philip Yancey escribe que su suegro, maestro de la Biblia por mucho tiempo, tenía fuertes raíces calvinistas, pero halló su fe sometida a prueba en sus últimos años debido a una enfermedad degenerativa en sus nervios que lo confinaron a la cama, impidiéndole casi todas las actividades que le daban alegría. Su hija de treinta y nueve años batallaba contra una severa forma de diabetes, y las presiones económicas aumentaban. En la más severa crisis escribió una carta de navidad y la envió a otros familiares. Muchas cosas que en un tiempo había enseñado, ahora lo hacían sentir incómodo.

¿En qué podía creer con certeza? Concluyó tres cosas: "La vida es difícil. Dios es misericordioso. El Cielo es seguro." Él podía contar con estas cosas. Cuando su hija murió por complicaciones de la diabetes la siguiente semana, él se aferró a esas verdades incluso con mayor intensidad.

Nosotros debemos hacer lo mismo para evitar la amargura y permanecer fieles.

Se Puede y No se Puede

Tercero, debemos ser buenos mayordomos de todas nuestras posesiones. La adversidad puede ser dura, pero cien personas pueden soportar la adversidad por cada una que puede aguantar la prosperidad. Cuando las cosas están en la silla, tienen la tendencia de cabalgar

sobre nosotros. No nos pertenecen; nosotros les pertenecemos a ellas.

Todos enfrentamos dos peligros en la vida. El primero es que tal vez no logremos lo que queremos en la vida. El segundo es, que a lo mejor lo logramos. Ambos tienen peligros intrínsecos. Preocuparse por las posesiones más que cualquier otra cosa nos impide una vida noble. Las posesiones materiales pueden ser una de las fuerzas más destructivas de la vida. No se puede andar con egoísmo y andar con Dios. Andar en egoísmo es andar cuesta abajo.

Jesús nos recuerda: “Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mt. 6:24). E. Stanley Jones dijo que no se puede servir a Dios y las riquezas, pero sí se puede servir a Dios con las riquezas.

Un amigo me contó de Red McCombs, hombre de negocios de San Antonio que es multimillonario y dueño de los Vikings de Minnesota. Los Vikings vales unos 500 millones de dólares, y McCombs hace poco dio 50 millones a la Universidad de Texas. Él se crió en un hogar cristiano. Su padre era mecánico y a duras penas se ganaba la vida. Pagaba todo al contado, así que traía a casa el dinero todas las semanas, y lo ponía sobre la mesa de la cocina. La madre separaba el diez por ciento para dar su diezmo en la iglesia, y vivían con el resto. La madre le dijo más tarde a Red: “Espero algún día poder dar algo a mi iglesia.” Él respondió: “Mamá: tú has estado dando toda la vida.” Ella respondió: “No; eso es el diezmo. Lo debemos. Lo demás es lo que uno da.” (Usado con permiso).

Jesús nos recuerda: “Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mt. 6:21). Si

ponemos nuestro dinero en el reino de Dios, entonces es más probable que conservaremos allí nuestro corazón. Nos ayuda en la fidelidad.

Nacida Prematuramente y Nunca Se Ha Puesto al Día

Cuarto, recuerde que la iglesia es a la vez humana y divina. A menudo les digo a los nuevos convertidos: “Antes de que se involucren mucho en la iglesia, tienen que echar buena mano de su fe. La gente los desilusionará y hará temblar su fe en Dios.” Cualquier persona que se involucra en la vida de la iglesia pronto descubre que muchos de sus miembros son crueles, insensibles, criticones, dogmáticos, vengativos y sin amor.

Ayuda el recordar que la iglesia es una familia, una familia de fe, y que se compone de personas de toda edad y en toda etapa de desarrollo. Tal como una familia puede tener padres adultos, adolescentes, y niños menores, así la iglesia tiene personas en muchas etapas de desarrollo. No esperamos que los nenes actúen como adolescentes. No esperamos que los adolescentes se porten como adultos. Tampoco esperamos que todos los miembros de la iglesia actúen como creyentes maduros.

Uno de los primeros misioneros de éxito en India, E. Stanley Jones, fundó allí una comunidad cristiana, en donde los convertidos vivían juntos, aprendiendo la fe y evitando la persecución. En esta comunidad, llamada Ashram, se esperaba que cada miembro hiciera sus quehaceres, que muchas veces eran serviles. Uno de los convertidos en la Ashram era miembro de la clase alta, de la casta brahman. Este brahman rehusaba hacer sus quehaceres, citando su casta superior. Cuando el misionero le explicó que se esperaba que todos sirvieran de esa manera humilde, el brahman exclamó: “Hermano Jones:

Me he convertido . . . ¡pero no tanto!” Si usted mira a su alrededor en la iglesia lo suficiente, descubrirá algunos miembros que no se han convertido lo suficiente todavía.

Branch Rickey, dueño y administrador de los que fueron Brooklyn Dodgers, fue el hombre que rompió la barrera del color en los deportes al traer a Jackie Robinson al béisbol profesional. Si no hubiera habido un Branch Rickey, probablemente no habría habido un Jackie Robinson. Branch Rickey era un hombre brillante. Obtuvo dos títulos universitarios y un título en leyes en la Universidad de Michigan. Era un ministro laico metodista que ni bebía licor ni soltaba palabrotas. Conocido por su ingenio, una vez escribió un informe de explorador sobre un lanzador, y dijo: “Nació prematuramente y nunca se ha puesto al día.”

Algunos miembros de la iglesia parecen encajar en ese molde: nacieron prematuramente y nunca crecieron. No ponga sus ojos en las personas; póngalos en Cristo. La Biblia nos amonesta a poner “los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe” (Heb. 12:2). Si no lo hacemos así, nos predisponemos a caer.

Y recuerde esto: Si alguna persona, incluso un hipócrita, le aleja de Dios, esa persona está más cerca del Señor que usted.

Ponga sus ojos en Cristo. Le ayudará a mantenerse fiel.

No Espere Demasiado

Quinto, mantenga al día la cuenta de sus pecados. Tarde una noche me sobresaltó el timbrado del teléfono. Miré el reloj. Eran las 11:30 p.m. En el otro extremo de la línea estaba un miembro de mi iglesia, alcohólico en recuperación. Había salido ese día y se había embriagado, la primera vez que había tomado en más de nueve meses.

Se disculpó por llamar, pero necesitaba hablar con alguien. Se sentía muy desilusionado consigo mismo. Dijo: "Paul: Necesito ayuda. He estado leyendo la Biblia y creo en Dios, pero esto no sirve para mí. Tal vez estoy esperando demasiado." Hay más personas como él de lo que nos gustaría admitir. Le recordé que cuando Dios nos salva, no drena la sangre roja de nuestras venas para llenarlas con leche. Todavía enfrentamos tentaciones y pruebas.

Después de la conversión tenemos dos naturalezas: la vieja naturaleza de pecado y nuestra nueva naturaleza en Cristo, y continuamente están en guerra entre sí. Le recordé que Pedro luchó, y cayó, pero se levantó. Cayó, pero no se rindió. Nos sucede a todos. No quedamos exentos de pecar, pero sí podemos pecar menos, y Dios ha hecho provisión para eso.

Juan escribe: "Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. ² Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo" (1 Jn. 2:1-2)

La sangre de Jesucristo salva al pecador cuando éste cree, y al creyente cuando peca. Si confesamos diariamente nuestros pecados, y nos arrepentimos, eso nos ayudará a mantenernos de pie.

Lutero Rice fue uno de los primeros dos misioneros Bautistas estadounidenses. Fue a Birmania bajo nombramiento de los congregacionalistas, pero en su viaje se convirtió a la manera Bautista de pensar. Al llegar se sometió al bautismo por inmersión y se hizo Bautista.

Volvió a los Estados Unidos para organizar a los Bautistas para sostener a su colega misionero, Adoniram Judson, que también había ido a Birmania para servir

como misionero congregacionista y se había convertido a la fe Bautista.

Como resultado de los esfuerzos de Lutero Rice se organizó la Convención Trienal, que fue la primera organización Bautista en los Estados Unidos para el sostenimiento de misioneros. En una ocasión Rice tuvo la oportunidad de recoger una ofrenda para misiones. Mientras contaban el dinero que se había recogido, hallaron una nota en el plato de las ofrendas, obviamente escrito por un niño, que decía: "Me doy yo mismo."

Algunos de los que contaban el dinero pensaron que la nota era una broma. No podían saber que el niño que escribió esa nota era Lewis Shuck, que más tarde sería uno de nuestros primeros misioneros a China.

No sabemos lo que los demás pusieron en el plato de la ofrenda ese día, pero sí sabemos que Lewis Shuck dio más que todos los demás. Se dio a sí mismo. Eso es lo que necesitamos hacer. Darnos nosotros mismos a Cristo, y ser fieles hasta la muerte.

4

La Iglesia Indolente

Apocalipsis 2:12-17

Mark Twain cuenta que cuando joven se mudó a una ciudad minera en Colorado. Se trataba de una ciudad de vida alegre, con prostíbulos y cantinas en cada esquina. Twain dijo: “De inmediato reconocí que no era lugar para un presbiteriano, así que decidí dejar de serlo.”

Hay muchos que, cuando oyen que es duro ser creyente, o bien dejar de tratar de serlo, o hacen acomodos en sus convicciones. Fue la tentación a los acomodos lo que llevó a nuestro Señor a escribirle una palabra de advertencia a la iglesia en Pérgamo (Ap. 2:12-17).

Pérgamo era un lugar difícil para ser cristiano. Era tan perverso que se decía que era un lugar “donde está el trono de Satanás.” Me parece que sería un buen lugar para una iglesia. El evangelio necesita brillar en lugares oscuros. Los creyentes en Pérgamo tenían una oportunidad para ser un ápice de sal en un lugar putrefacto.

Eso es lo que toda iglesia debe ser, pero no siempre es fácil. Uno de los miembros de la iglesia de Pérgamo, un hombre llamado Antipas, ya había muerto como mártir por su fe. Otros enfrentaban la posibilidad de correr con la misma suerte. El Señor sabía lo que estaban atravesando y elogió a los que seguían fieles a él, pero dijo: “Tengo unas pocas cosas contra ti” (Ap. 2:14).

Ahora bien, cuando Dios tiene algo en contra de uno, uno está en problemas. ¿Qué es lo que el Señor tiene contra esta iglesia? Había algunos en ella que habían acogido la doctrina de Balaam, y otros que seguían la doctrina de los nicolaítas. ¿Quién fue Balaam? ¿Quiénes eran los nicolaitas? ¿Cuál era su pecado?

Balaam fue un profeta del Antiguo Testamento y el rey de Moab trató de contratarlo para que maldijera a Israel (Nm. 22—24; 2 P. 2:15). Cuando Israel salió de Egipto llegaron a la tierra de Moab. El rey, Balac, les tenía miedo, así que trató de contratar a Balaam para que los maldijera.

Balac le ofreció a Balaam un cargo de alto honor y mucha riqueza. El Señor se le apareció a Balaam y le dijo que los israelitas eran su pueblo, y le prohibió maldecirlos. Balaam quería ser fiel a Dios, y en dos ocasiones diferentes respondió a los siervos que le habían traído la oferta del rey: “Aunque Balac me diese su casa llena de plata y oro, no puedo traspasar la palabra de Jehová mi Dios para hacer cosa chica ni grande” (Nm. 22:18; 24:13). En breve, envió a decirle al rey que no estaba de venta.

Pero el rey insistió hasta que la tentación fue más de lo que Balaam pudo resistir, así que se vendió (2 P. 2:15). Si no podía maldecir a Israel, sí podía corromperlos. Le sugirió al rey de Moab que hiciera una fiesta sensual e invitara a los hombres de Israel. Ellos aceptaron, y así pecaron con las mujeres de Moab. Como resultado les cayó encima el juicio de Dios, y 24,000 israelitas murieron.

¿Cuál fue el pecado de Balaam? El pecado del acomodo. Hizo acomodados en sus convicciones, su carácter y su llamamiento, por razón de seguridad. Se vendió por lo que sería ganancia personal.

Los nicolaitas eran seguidores de Nicolás, que enseñaba que estaba bien vivir una vida de indulgencia pro-

pia y que la inmoralidad y vida floja eran aceptables. Enseñaba que los creyentes podían vivir como el mundo y participar en prácticas paganas sin dañar sus vidas espirituales.

Los pecados de Balaam y de Nicolás eran los mismos: pecados de componendas, pecados de mundanidad. Es interesante que los dos nombres se parecen. El nombre Balaam es la forma hebrea, y Nicolás es la forma griega. El nombre Balaam se deriva de dos palabras hebreas que quieren decir “conquistar al pueblo.” El nombre Nicolás se deriva de dos palabras griegas que quieren decir “conquistar al pueblo.” Si el diablo puede lograr que hagamos acomodados, puede conquistarnos. Puede ganar la victoria espiritual en nuestras vidas, individualmente y en la iglesia.

Ambas doctrinas trataban de ajustar al cristianismo al nivel del mundo, en lugar de elevar al mundo al nivel del cristianismo. Enseñaban que las personas pueden seguir la corriente para no levantar olas. En breve, a hacer acomodados.

El Cristo resucitado dice claramente que Dios detesta estas cosas (v. 15). Detesta la cobardía. Detesta los acomodados. No detesta a los seguidores de Balaam; lo que detesta es la doctrina de Balaam. No detesta a los nicolaitas; lo que detesta es la doctrina de los nicolaitas. Dios ama al pecador, pero aborrece el pecado. Uno de los pecados más condenables del mundo es el acomodo.

Repetidas veces en las Escrituras se nos advierte contra esto. La palabra más común para el creyente en el Nuevo Testamento es “jagios.” El significado básico de esa palabra es “diferente,” “separado.” El templo es *jagios* porque es diferente de todos los otros edificios; el sabbat es *jagios* porque es diferente de los demás días. Dios es *jagios* porque es diferente de todos los demás seres. El

creyente es *jagios* porque es diferente de todos los demás seres humanos.

El apóstol Pablo ordena: “Salid de en medio de ellos, y apartaos” (2 Cor. 6:17). Luego dice: “No os conforméis a este siglo, sino transformaos” (Rom. 12:2). En otro lugar dice: “Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo” (2 Tim. 2:19).

Sam Adams fue un patriota en la Guerra Revolucionaria que dijo: “Cuidado con los acomodados no sea que mediante una concesión tras otras acabes en completa sumisión.” La iglesia de hoy necesita cuidarse del acomodo. Si Satanás puede lograr que hagamos acomodados, puede conquistarnos. Acabaremos en completa sumisión a él.

Hay por lo menos tres aspectos en que no debemos hacer acomodados:

- No debemos hacer acomodados en nuestras convicciones.
- No debemos hacer acomodados en nuestro carácter.
- No debemos hacer acomodados en nuestra consagración.

Algunas Cosas No Son Negociables

Primero, no debemos hacer acomodados en nuestras convicciones. Los primeros cristianos hicieron un profundo impacto en su mundo. Hicieron algo porque creían en algo. Nuestro problema es que estamos tratando de hacer lo que ellos hicieron pero sin creer lo que ellos creían. Un caricatura en una publicación religiosa decía volúmenes respecto a la iglesia actual. Mostraba un letrero de una iglesia, con el nombre de ella a la cabeza: *Iglesia Ligera*. Debajo mencionaba algunas de sus creencias: “Ofrecemos siete de los diez mandamientos; tres de las cuatro leyes espirituales; cinco por ciento en lu-

gar del diezmo; etc.” La dolorosa verdad de la caricatura es que es demasiado acertada.

El finado Kenneth McFarland hablaba una vez con un universitario escéptico respecto a su fe religiosa. El universitario le respondió: “Si usted cree todo eso, por qué no lo defiende tal como es, en lugar de agazaparse para hacerlo aceptable para nosotros? ¿Por qué tiene que diluirlo para tratar de vendérselo?” Buena pregunta, y una acusación a nuestra predicación y enseñanza a medias tintas de hoy.

En la obra *Violinista en el Tejado* Tevye es un padre cariñoso que se tiene que enfrentar, ocasión tras ocasión, cosas que sus hijas quieren hacer y que no le agradan. Al principio las niega, pero cuando está a solas, empieza a pesar ambos lados. Se dice a sí mismo: “Por un lado,” al considerar los aspectos de ese lado en particular del asunto. Luego se dice: “pero, por otra parte,” al considerar los otros aspectos que intervienen. Luego accede a la petición de esa hija en particular, aunque va en contra de sus creencias. Pero cuando una de sus hijas quiere casarse con un joven ruso comunista, se lo prohíbe. Al empezar a razonar consigo mismo en el mismo estilo de “por un lado,” y “por otra parte,” no puede permitirlo. Así que en voz alta afirma: “Hay algunas cosas en que no hay ‘por otra parte.’”

Hay algunas cosas que no son negociables en la vida cristiana. Hay algunas convicciones que no debemos acomodar. Hay principios en que creemos tan fuertemente que estaremos dispuestos a sufrir personalmente antes que hacer algo al contrario de ellos.

Por un lado, no podemos darnos el lujo de perder nuestras convicciones en cuanto a la Biblia. La Biblia es la palabra de Dios inspirada, autoritativa y suficiente

(2 Tim. 3:16-17). Una niña le preguntó a su madre: "Mamá: ¿creemos en la Biblia?"

La madre le dijo: "Por supuesto."

"¿Creemos en toda la Biblia?"

Su madre le dijo: "Sí, por supuesto."

La niña dijo: "¿Creemos en la historia de que Dios creó los cielos y la tierra?" Su madre le respondió: "Sí, lo creemos."

La niña siguió: "¿Creemos en la historia de Noé y el diluvio?"

Su madre le respondió: "Sí, lo creemos."

La madre entonces le dijo a la niña que se fuera a su cuarto y lo pusiera en orden. Un minuto más tarde la pequeña bajó corriendo las escaleras, y dijo: "Mamá: ¿creemos en esa parte de la Biblia que dice: 'polvo eres y al polvo volverás'?"

La madre replicó: "Claro que lo creemos, encanto."

La niña dijo: "Pues bien, mamá, mejor ven a mi cuarto. Hay alguien debajo de mi cama, y no sé si está viniendo o se está yendo."

No podemos darnos en lujo de perder nuestra convicción respecto al pecado. Hoy somos expertos para darle nuevos nombres y redefinir el pecado. Al adulterio le llamamos enredo amoroso, a la pornografía una forma de arte, a la homosexualidad estilo de vida alterno, a la borrachera enfermedad, como si el alcoholismo fuera como el reumatismo, algo respecto a lo cual uno no puede hacer nada.

Nadie sabe la edad de la raza humana, pero pienso que usted convendrá conmigo en que ya somos grandecitos lo suficiente como para saber mejor. Las palabras de Isaías son muy apropiadas para nosotros: "¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo" (Is. 5:20). Todo esto es un esfuerzo de autojustificación. Es como

la historia del hombre que mató a sus padres y luego apeló a la compasión de la corte porque era huérfano.

Finalmente, no podemos ceder en nuestra convicción respecto a la salvación. La salvación es solo por medio de la fe en Cristo. En el programa "Larry King Live" le preguntaron a un prominente teólogo respecto a la fe cristiana. Cuando el teólogo dijo que Cristo era el único camino de salvación, el locutor le dijo: "Eso suena más bien arrogante, ¿verdad?" El teólogo respondió: "No; no si es verdad. Si es verdad, es un acto de amor." Y lo es.

Estas cosas no son negociables. Son convicciones que no debemos acomodar.

Usted Es el Mensaje

Segundo, no podemos hacer acomodados en nuestro carácter. Somos hijos de Dios, y debemos vivir como tales. Emerson dijo: "Es malo cuando los creyentes y no creyentes viven de igual manera. Desconfío de tal religión." Nosotros también deberíamos desconfiar.

Nicolás Maquiavelo, estadista italiano y padre de la ciencia moderna de la política, nos enseñó que "el fin justifica los medios . . . Haz lo que tengas que hacer para lograr tus fines." Pero también enseñó algo muy importante. Dijo: "Si quieres saber cómo es el príncipe, observa a los ayudantes del príncipe." De igual manera a Jesús, el Príncipe de Paz, se le juzga por los que somos sus siervos. Si no vivimos como hijos de Dios, ¿quién va a querer seguirle?

Hace varios años la Universidad Harvard hizo un estudio de comunicación no verbal y sus conclusiones asombraron a todos. La investigación reveló que hay miles maneras diferentes de comunicarse sin palabras: un ceño fruncido, arquear las cejas, desviar la mirada,

aclarar la garganta, y miles más. Este conocimiento debe servir como un constante recordatorio de que no simplemente decimos un mensaje; somos un mensaje.

Un pobre armenio dijo: "Nunca he visto a Jesús, pero sí he visto al Dr. Shepherd." Viendo el servicio como el de Cristo que rendía el gran médico misionero en el Cercano Oriente, el hombre llegó a creer en Jesús. El Señor quiere encarnarse en nosotros.

El apóstol Pablo lo dice sucintamente: "Nuestras cartas sois vosotros, . . . conocidas y leídas por todos los hombres; . . . escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón" (2 Cor. 3:2-3).

Alguien dijo: "No te preocupes si tus hijos nunca te prestan atención; preocúpate porque siempre están observándote." El mundo está observándonos. No esperan que seamos perfectos, pero sí esperan que seamos diferentes.

Un colega pastor cuenta que una noche fue a cenar en un restaurante, y al salir notó un letrero encima de la puerta de salida, que decía: "Mi reputación está en sus manos. Firmado: La gerencia." En el cielo, Dios debe mirarnos aquí abajo, y decir: "Iglesia: mi reputación está en sus manos." No podemos darnos el lujo de perder nuestro carácter.

No Aceptamos Excusas

Tercero, no podemos darnos el lujo de hacer acomodados en nuestra consagración. El finado William Flemming, uno de los primeros benefactores para causas Bautistas, dijo: "Los Bautistas tienen todo el dinero, números y organización para hacer todo lo que tiene que hacerse. Lo que les falta es consagración."

Los Bautistas hoy somos muchos, pero no somos mucho. Somos como el río proverbial: de una milla de ancho y una pulgada de profundidad. El Dr. John R. Sampey será siempre un gran nombre en la historia Bautista. La nota clave de su vida era “darle a Cristo todas las llaves.” El Dr. Sampey empezó su vida de servicio como portero en una iglesia rural. Decidió ser el mejor campanero que esa iglesia jamás había tenido. Desde ese humilde comienzo empezó a crecer en estatura espiritual hasta que con el tiempo llegó a ser presidente del Seminario Teológico Bautista del Sur, y luego presidente de la Convención Bautista del Sur.

Cuando el Dr. Sampey llegó a ser pastor de una iglesia rural, le pidió al secretario que le permita ver la nómina de miembros. Mirando los nombres, el Dr. Sampey vio las iniciales “NS” junto a varios de ellos. “¿Qué significan las iniciales ‘NS’?” preguntó. El secretario le respondió: “Ah, significan ‘no sirve.’ No vienen, no dan. Simplemente no tienen ningún interés.”

Junto a los nombres de los miembros de muchas de nuestras iglesias actuales se podría escribir “NC”: nada de convicción, nada de carácter, nada de consagración. Tienen interés en la iglesia, pero no consagración a ella ni a Cristo mismo.

Hay una diferencia entre interés y consagración. Cuando uno se interesa en algo, lo hace cuando es conveniente. Cuando uno se consagra a algo, no acepta excusas, sino sólo resultados.

Alguien ha dicho: “Una gran consagración al gran mandamiento y a la gran comisión es lo que hace una gran iglesia.” Yo añadiría a esto: “a la gran confesión.”

Tenemos que consagrarnos al gran mandamiento. ¿Cuál es el gran mandamiento? Dejemos que Jesús responda: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y

con toda tu alma, y con toda tu mente. ³⁸ Este es el primero y grande mandamiento. ³⁹ Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. ⁴⁰ De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas" (Mt. 22:37-40).

Nada importa si no amamos a Dios. Alguien lo dijo de esta manera: "Cuando se trata de vida familiar, la respuesta es: ama a Dios. Si tus hijos están volviéndote loco, ama a Dios. Si tus adolescentes se rebelan, ama a Dios. Si tienes hijos o nietos recién nacidos y con ansia te preguntas qué clase de mundo van a heredar ellos, ama a Dios. Al aprender a practicar estos valores cristianos esenciales en tu Canaán, recuerda el llamado supremo de Dios en tu vida: ¡ama a Dios!"

Asistí a una iglesia pequeña rural hace poco, y ese día era el día del laico. Un detective de la policía de Tyler dio su testimonio ese día. Dijo que hubo un tiempo en que se alejó de Dios y no estaba viviendo como debía. Como resultado, no quería asistir a la iglesia. Un día su esposa le preguntó: "Tony: ¿es que ya no amas a Dios?"

¿Me permite hacerle la misma pregunta? ¿Es que usted ya no ama a Dios? Eso es lo que él quiere por sobre todo lo demás.

Pero hay un corolario. Jesús añadió que debemos amar al prójimo como a nosotros mismos. Debemos tener compasión por los que nos rodean. Catorce veces en los evangelios se nos dice que Jesús tuvo compasión de la gente. La palabra "compasión" literalmente quiere decir "sufrir con, sentir lo mismo que, acompañar a alguien en una experiencia." Eso fue lo que Jesús hizo cuando encontró la necesidad de las personas. Así es como debemos ser.

Hace años, cuando el Ejército de Salvación estaba apenas empezando y creciendo como incendio forestal,

un periódico se interesó en por qué estaba creciendo tan rápido. El periódico envió un reportero para que pasara dos o tres días en el Ejército de Salvación, para hacer un reportaje del secreto de sus reuniones.

Cuando el reportero llegó a una de sus reuniones, un hombre muy grande, tal vez de más de dos metros de estatura, estaba subiendo por las gradas con un niño. El pequeño resbaló, se cayó, se raspó las rodillas, y se echó a llorar. El hombre se agachó, lo tomó de la mano, y lo levantó, diciéndole: "Eres parte del ejército del Señor. Nosotros no lloramos por esas cosas chicas. Gritamos: '¡Gloria, aleluya!' y eso nos limpia las lágrimas." Así que el muchachito se puso de pie, gritó: '¡Gloria, aleluya!' y se limpió las lágrimas.

El reportero entró a la reunión y oyó a la gente cantando y orando. Después de varios días escribió lo que creía que era el secreto del Ejército de Salvación. Dijo: "Cualquier comunidad de fe que levanta a las personas de las adversidades de la vida y les hace gritar '¡Gloria, aleluya!' tiene en sí el poder de Dios."

Ese debe ser el trabajo de la iglesia. Debemos levantar a los caídos, secar las lágrimas y dar esperanza al que no la tiene, para que pueda gritar: "¡Gloria, aleluya!" Si perdemos la compasión por los que nos hacen hacer eso, entonces haríamos mejor quitando nuestro letrero y echándole llave a nuestras puertas. Debemos consagrarnos al gran mandamiento.

No debemos perder nuestra consagración a la Gran Comisión. Jesús la dio a la iglesia cuando dijo: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. ¹⁹ Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; ²⁰ enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mt. 28:18-20).

A este pasaje llamamos la Gran Comisión; deberíamos llamarlo la gran omisión. Lo hemos aprendido de memoria, pero no lo hemos puesto en el corazón. Podemos repetirlo, pero no lo practicamos.

La comisión de Cristo empieza donde termina nuestra nariz y los dedos de los pies, y sigue, y sigue, hasta que le hayamos dicho a todos los que podemos alcanzar, y enviado a otros a los que no podemos alcanzar nosotros mismos, que Jesús salva. Eso es lo que hace grande a una iglesia.

Pero permítanme añadir una cosa más: no debemos perder nuestra consagración a la gran confesión. La gran confesión fue dada por Pedro cuando Jesús le preguntó: "¿Quién dicen ustedes que yo soy?" Pedro contestó: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente" (Mt. 16:15-16). Jesús es tanto el sujeto como el objeto de nuestra fe. El cristianismo no es reglas y ritos; es una relación personal.

Nuestra fe se centra en él. Recuerde que Jesús dijo: "Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí" (Jn. 5:39-40).

El finado gran predicador presbiteriano, Pedro Marshall, una vez oraba: "Señor: Ayúdanos a ser firmes en algo, para que no caigamos por todo." Debemos ser personas de principios. Debemos ser personas de convicción, de carácter, y de consagración. No debemos hacer acomodos en estas cosas.

En el mensaje a esta iglesia el Señor dice: "Tengo unas pocas cosas contra ti" (Ap. 2:14) ¿Hay alguna contienda entre usted y el Señor? ¿Es usted fiel a sus convicciones? ¿Es su ejemplar su carácter? ¿Está consagrado al Señor Jesús?

Si no, arréglole hoy mismo. Nunca habrá una mejor oportunidad.

5

La Iglesia Liberal

Apocalipsis 2:18-29

La película *La Esposa del Predicador* cuenta la historia de un pastor y su esposa que sirven en la iglesia de San Mateo, en el corazón de unos de guetos de Nueva York. Es una obra difícil y desalentadora, pero la iglesia es con todo lo más vibrante de la comunidad.

Un urbanizador quiere comprar la propiedad para construir un enorme centro comercial, y a cambio de la propiedad ofrece construir para la congregación un edificio hermoso, moderno y nuevo en una parte más deseable de la ciudad, lejos de gueto, si se la venden.

La oferta es tentadora y el pastor y su esposa se ven destrozados entre las posibilidades seductoras y la necesidad de quedarse y ministrar en ese sector tan difícil. Mientras luchan, el Señor les envía un ángel que le dice al predicador: “San Mateo es el pegamento que mantiene unida a esta comunidad. Si se va, la comunidad se deshace.”

En un sentido más amplio su iglesia, mi iglesia, “la” iglesia, es el pegamento que mantiene a la comunidad. Es la única que defiende la moralidad, la justicia y los valores eternos. El gobierno no lo hace. La escuela no puede defenderlos. Las empresas comerciales no lo harán. Sólo la iglesia está allí para señalar hacia Dios. Ninguno de nosotros puede siquiera imaginarse lo que nuestra nación sería sin la influencia e impacto de la iglesia.

Si la sociedad es tan mala como lo es con la iglesia, piense es lo que sería sin la iglesia.

Si le parece que la sociedad está deshaciéndose hoy, puede ser porque la iglesia no se ha apegado a lo suyo, es decir, a su misión, su mensaje y sus métodos. Así, se ha vuelta débil y anémica debido a la tolerancia. Ya sucedió una vez; puede suceder de nuevo.

El Señor resucitado nos habla al respecto en su mensaje a Tiatira (Ap. 2:18-19). La culpa que halló en su iglesia era que “toleraba” a una mujer que enseñaba herejías. Se la llama Jezabel. ¿Quién fue Jezabel? El Antiguo Testamento la presenta como una de las mujeres más perversas y siniestras que jamás ha vivido (1 R. 20—22). Fue esposa de Acab, rey de Israel. Era hija del rey de Tiro y Sidón, y adoraba a Baal. Después de casarse con Acab, Jezabel estableció en Israel la adoración a Baal, y llevó al pueblo a la idolatría. Parte de su adoración idolátrica era la inmoralidad en el nombre de su dios. Fue una de las mujeres más seductoras y perversas que jamás ha vivido.

El nombre de Jezabel se convirtió en sinónimo de seducción inmoral y perversidad, y sigue siéndolo. Si uno realmente quiere insultar a una mujer, todo lo que tiene que hacer es llamarla “Jezabel.”

Una mujer buena es una de las mejores cosas en la tierra. Las mujeres fueron las últimas en la cruz y las primeras en la tumba. El cristianismo ha avanzado grandemente en los hombros de mujeres piadosas. Tiene una deuda con las mujeres, así como las mujeres tienen una deuda con Cristo, pero pocas cosas son peores que una mujer perversa, y Jezabel era perversa.

Es dudoso que la mujer que se menciona en Apocalipsis 2:20 sea una mujer real. No le ponemos “Judas” por nombre a nuestros hijos, ni tampoco le ponemos

“Jezabel” por nombre a nuestras hijas. Con toda probabilidad era una mujer “tipo Jezabel,” perversa y seductora. Aducía ser profetiza, es decir, predicadora inspirada, y enseñaba al pueblo que la inmoralidad y la idolatría eran aceptables. Entre paréntesis, es obvio que a las mujeres se les permitía predicar y enseñar en la iglesia del Nuevo Testamento (Hch. 2:71; 18:26; 21:9). El problema no era que ella era mujer, sino que era hereje.

Jezabel no aducía querer destruir el cristianismo. Lo que ofrecía era simplemente una versión más nueva, mejorada y moderna. Hacía fácil vivir en pecado. Cualquier enseñanza, filosofía y doctrina que haga más fácil pecar es del diablo, y cualquier maestro o maestra que hace más fácil pecar, es del diablo. Sus enseñanzas encajan en esta categoría.

El problema con la iglesia es que permitía esto, y lo toleraba. La iglesia como un todo no era culpable de inmoralidad o idolatría. Por el contrario, el Señor elogia a esta iglesia por sus obras, su carácter, servicio, fe y paciencia. A decir verdad, parece que no podía elogiarla lo suficiente.

Pero en nombre de la libertad y de una mente abierta, la iglesia toleraba que esta mujer enseñe herejías. El problema de Tiatira no estaba fuera de la iglesia, sino dentro de ella. Algunas de las iglesias, como Pérgamo, atravesaban gran persecución. Antipas, miembro de la iglesia de Pérgamo, ya había muerto como mártir por su fe. Algunos creyentes en Esmirna estaban en la cárcel por su fe, pero eso no era lo que sucedía en Tiatira.

De algún modo la hostigación de afuera es preferible a la herejía por dentro. El hostigamiento de fuera tiende a unir a la gente. La herejía de dentro tienden a dividirlos. La mejor manera, por consiguiente, de derrotar a cualquier grupo es infiltrarse y debilitarlo. Cual-

quier iglesia puede ser debilitada por los que se unen a ella y empiezan a enseñar falsa doctrina, o simplemente se sientan y no hacen nada.

Lo que sucedía en Tiatira está sucediendo en muchas iglesias hoy. Una de las razones por las que la sociedad está desbaratándose hoy es que nosotros, también, nos hemos vuelto demasiado tolerantes. A menudo se habla del pecado de la intolerancia. ¿Qué tal del pecado de la tolerancia? El peligro es que nos volvemos tan tolerantes que perdemos nuestras convicciones; tenemos tanto anhelo de ser aceptables en nuestra cultura, y tenemos tanto pánico de que se nos tilde de mente estrecha, de que se nos llame hipócritas, prejuiciados, o que se diga que somos fundamentalistas, que lo permitimos todo, que todo es aceptable y que nada es malo. Le recuerdo que lo que una generación tolera, la próxima lo abraza. Podemos, en verdad, tener la mente tan abierta que hasta perdemos el cerebro.

No es malo que los creyentes se opongan a la herejía. Es anticristiano no hacerlo. El apóstol Pablo escribió: "Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema" (Gál. 1:8). No hay mucha tolerancia en esto.

No soy de mente estrecha, ni tampoco un fanático. No soy fundamentalista; pero ha llegado el momento en que alguien exalte las virtudes de la intolerancia. El general Bramwell Booth, hijo de William Booth, fundador del Ejército de Salvación, decía al andar por los tugurios del sector oriental de Londres: "Dios mío: Cómo detesto al enemigo que ha causado este caos." Sin tal indignación a punto de hervir, el mal habría continuado floreciendo.

Cosas como la esclavitud y trabajo infantil fueron erradicados porque alguien decidió que eran intolerables. Esa persona dijo: "No vamos a permitir que esto

siga.” Nuestra nación hoy seguiría siendo gobernada por autócratas si alguien no hubiera dicho: “Dios ya se cansó de los reyes.”

Es tiempo de que seamos intolerantes: intolerantes del vocabulario sucio y la pornografía en los espectáculos de diversión, de la borrachera en las carreteras, del maltrato en los hogares, de la falta de honradez en los negocios, de la corrupción en el gobierno, de la injusticia en la sociedad y de la hipocresía en la iglesia. Los ríos deben tener márgenes. Un río sin márgenes se vuelve pantano, y una iglesia sin doctrina pronto se convierte en un pantano moral y espiritual. Las orillas, los límites de nuestra fe, son las Escrituras; pero dentro de ellas hay abundante espacio para “andar por todos lados.” Hay abundante campo para la interpretación, pero no podemos salirnos de las orillas. No podemos tolerarlo.

Hay por lo menos tres cosas ante las cuales debemos ser intolerantes hoy:

- El comercialismo en la iglesia.
- El relativismo en la sociedad.
- El universalismo en el púlpito.

Grande No Siempre Es Mejor

Primero, debemos ser intolerantes con el comercialismo en la iglesia. El comercialismo es la actitud que enfatiza el éxito a cualquier costo. Es la medida de todo lo que realmente importa. Es decir que el éxito es la norma por la que se mide todo. Si es un negocio, se lo mide por sus ganancias. Si es un deporte, se lo mide por sus victorias. Si es espectáculo, se lo mide por su índice de popularidad. Si es una iglesia, se la mide por las cifras. Desdichadamente, la iglesia ha adoptado las normas del mundo.

Hace poco el *Baptist Standard* publicó la noticia de una cierta iglesia que contrató a una empresa de diversión para que diseñe el santuario para los niños. Lo llamaron "Toon Town." Tiene un bautisterio construido dentro de una motobomba. Cuando bautizan a un niño, suena una campana, y el niño o niña recibe una lluvia de confeti. El presidente y gerente general de la compañía diseñadora dijo: "Es gran cosa ser bautizado en la iglesia _____" (*Baptist Standard*, 20 de noviembre del 2000).

¿Alguna vez ha visto a algún niño al que no le guste una motobomba? ¿Alguna vez ha visto a un niño al que no le guste subirse a una motobomba? Piense en todos los niños que van a querer ser bautizado sólo porque es una motobomba, pero no porque conocen a Cristo como Salvador. Piense en lo que Juan el Bautista podría haber hecho si hubiera tenido ¡una motobomba en lugar del río Jordán! Eso es lo que sucede cuando una iglesia adopta la norma del mundo y hace del éxito y las cifras lo más importante.

Una misionera fue a Nueva York para abrir un nuevo ministerio para pobres. Un reportero le preguntó cómo sabría si su nuevo esfuerzo ha tenido éxito. La misionera contestó: "No pienso que nuestro Señor alguna vez habló de éxito. Él sólo habló de fidelidad en amor."

Quiero que conste que estoy a favor del crecimiento, y estoy a favor del éxito, pero no debemos equipararlos. Grande no siempre es mejor. Casi hemos creado un complejo de ser pequeño. Oigo que algunos dicen: "Somos nada más que una iglesia pequeña. ¿Qué podemos hacer? ¿Qué diferencia podemos hacer?" Más de lo que piensan. No estoy muy seguro pero pienso que una iglesia pequeña es más efectiva que una iglesia grande. Des-

pués de todo, un trasatlántico no serviría gran cosa para pescar. Se lo puede hacer mejor con un barco pequeño.

G.K. Chesterton nos recuerda que “el que vive en una comunidad pequeña vive en un mundo mucho más grande.” La razón es obvia. En una comunidad grande escogemos nuestras amistades. En una comunidad pequeña, son escogidas para nosotros. En una comunidad grande tendemos a frecuentar a personas como nosotros: gente que tiene título universitario, que toma sólo café bien tostado de Starbuck’s y que les gusta nuestra clase de música, pero en un grupo más pequeño, como en las iglesias pequeñas, nos vemos obligados a codearnos con todos.

En uno de sus escritos el renombrado teólogo Elton Trueblood decía que si no fuera por las congregaciones pequeñas como las que se reunían en diminutas salas, él no hubiera sido alcanzado para el reino de Cristo y su servicio. Ser pequeño no es una limitación. Hasta puede ser una ventaja.

Le recuerdo que la Gran Comisión no tiene que ver con número; la Gran Comisión tiene que ver con discípulos. La verdadera salud de una iglesia, entonces, no la determina el *número* de personas que se sientan en las bancas. La salud de la iglesia la determina la clase de personas que se sientan en las bancas. Tenemos que cultivar una intolerancia por el comercialismo y ética baratos que caracterizan a muchas de las iglesias de hoy.

¿Quién Determina su Moral: Los Medios o el Maestro?

Segundo, debemos ser intolerantes con el relativismo en la sociedad. Relativismo es la idea de que no hay absolutos. Toda verdad es relativa al individuo, y al momento y lugar en que él actúa.

Hace poco murió Julia Phillips, a los 57 años. Era productora de cine, que en 1973 hizo historia en Hollywood como la primera mujer que ganó un Óscar por la mejor película, *The Sting*, y que se convirtió en tema del chisme casi 20 años más tarde con su autobiografía escandalosa *You'll Never Eat Lunch in This Town Again* (*Nunca Volverás a Almorzar en esta Ciudad*).

En una entrevista después de su muerte, su yerno, Modi Wiczyk, dijo que la señora Phillips basaba su vida en una filosofía de tres palabras “nada de reglas” (*Dallas Morning News*, 9 de enero del 2002). Muchos viven según esa filosofía.

Ted Turner es otro proponente del relativismo. Como ya indiqué anteriormente, es muy generoso, pero no es creyente. También piensa que los Diez Mandamientos son “obsoletos,” pero se da cuenta de que debe haber algunas reglas en la sociedad, así que formuló su propio conjunto de creencias, a las que llamó “Diez Iniciativas Voluntarias.” Dijo que estas surgieron de su frustración debido a que “no hay procedimiento de enmienda para los Diez Mandamientos” (“Meet Ted Turner” por Dale Atta, *Reader's Digest*; septiembre de 1998, pág. 222).

Hay más personas que concuerdan con las creencias de Julia Phillips y Ted Turner de lo que les gustaría admitir; pero entienda esto: Dios no habla de iniciativas; habla de imperativos. No ofrece sugerencias; dicta mandamientos. Son reglas, y ninguno de nosotros puede violarlas sin ser considerado culpable.

El bien es bien porque Dios lo dijo, y el mal es mal porque Dios lo dijo. Si algo era bueno ayer, lo es hoy, y si el mundo dura mil años, seguirán siendo bueno. Si algo fue malo ayer, es malo hoy, y mientras el tiempo sea tiempo, seguirá siendo malo.

La verdad, la ley de Dios y la conducta ética no son relativas. Son absolutas; pero una palabra de precaución: Si usted ve televisión y lee la prensa más de lo que lee la Biblia, sus valores, su moral, será determinada más por los medios que por el Maestro.

Es algo asombroso tener una Biblia. Si usted tiene la palabra de Dios, entonces es responsable por obedecerla. «Al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá» (Lc. 12:48), y el apóstol Pedro nos recuerda que “mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado” (2 P. 2:21).

El Camino de la Cruz

Tercero, debemos ser intolerantes con el universalismo en el púlpito. El universalismo es la creencia de que a la larga y finalmente todos serán salvados. Sin que importe lo que la gente crea o cómo vivan, todos iremos al cielo.

Después de que Johnny Hart, creador de la tira cómica *B.C.* siendo creyente devoto, trató de mostrar que el judaísmo halla su cumplimiento en el cristianismo, un bien conocido pastor Bautista dijo: “Me parece que eso representa la lamentable tendencia continua de algunos en el cristianismo de descartar el judaísmo y sugerir que el cristianismo ahora es la única perspectiva religiosa viable” (*Dallas Morning News*, 15 de abril del 2001).

Incluso el Papa Juan Pablo II respaldó recientemente esta creencia. En el servicio de noticias religiosas de la ciudad del Vaticano, un artículo decía: “Moderando una controvertida declaración del Vaticano sobre la salvación, el Papa Juan Pablo II dijo el miércoles que todos los que vivan una vida justa serán salvados, aunque no

crean en Jesucristo o en la iglesia Católico-romana.” Luego decía: “Todos los que busquen a Dios de corazón sincero, incluyendo los que no conocen a Cristo y su iglesia, contribuyen bajo la influencia de la gracia a la edificación de su reino” (*Dallas Morning News*, 12 de diciembre del 2000).

Con el debido respeto por el derecho del pastor y del Papa a sostener sus opiniones, uno de los principios bíblicos más estratégicos e históricos, a decir verdad, el central a todos, es que el cristianismo ES la única perspectiva religiosa viable.

Jesús es el único camino de salvación. Escuche lo que dijo el hombre a quien los católicos romanos han considerado por siglos su primer Papa, Simón Pedro. Él dijo: “Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hch. 4:12). ¿A cuál papa va usted a creer?

W. C. Fields, fue un actor que vivió una vida disoluta. Hacia el fin de sus días un amigo fue a visitarlo y lo halló leyendo la Biblia. En son de broma le preguntó por qué, y Fields respondió: “busco rendijas.” Lo lamentó, señor Fields, pero no las hay. Es Cristo, o nada.

El Papa sugiere que la sinceridad es la clave, pero usted y yo sabemos que una persona puede estar sinceramente equivocada. La sinceridad jamás será suficiente. Debemos poner nuestra fe y confianza en el Salvador Jesucristo. No hay otro camino (Jn. 14:6). Jesús dijo: “Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; ⁴⁰ y no queréis venir a mí para que tengáis vida” (Jn. 5:39-40).

En 1291 se erigió la Cruz Carbonizada en Londres. Era una de doce cruces que se erigieron en la ruta que siguió el funeral de la reina Eleonora, cuando la lleva-

ban a enterrar en la Abadía de Westminster. La cruz original se pudrió con los siglos, y se la derribó en 1865. Se la reemplazó con una réplica en la estación cercana de Charring Cross, pero el punto donde había estado la cruz original es el centro oficial de Londres. Todas las distancias se miden desde allí.

Hace años un niño se perdió, y la policía, tratando de ayudarlo a volver a su casa, le preguntaba dónde vivía, pero no podía recordarlo. Finalmente, uno de los policías le preguntó si sabía dónde estaba la Cruz Carbonizada. El niño dijo: “¿Quiere decir esa cruz bien grande? Ah, sí; si me llevan a esa cruz, de allí puedo llegar a mi casa.”

El himno compuesto por Jessie B. Pounds lo dice muy bien:

Debo ir a mi hogar por el camino de la cruz,
No hay otro camino sino éste;
Nunca lograré ver las puertas de luz,
Si pierdo el camino de la cruz.
El camino de la cruz me lleva a mi hogar,
El camino de la cruz me lleva al hogar;
Es dulce saber conforme avanzo,
Que el camino de la cruz me lleva a mi hogar.

Cuando Lyndon B. Johnson era presidente de los Estados Unidos, y se hacía el sordo respecto a Vietnam, su popularidad iba en descenso. Finalmente, sus ayudantes le dijeron: “Si el pueblo no te quiere, por lo menos haz que te respeten.”

Una iglesia que se hace la sorda no logra ni amor ni respeto. Si queremos respeto, tenemos que ponernos firmes por algo. Vamos a tener que ser intrépidos y hablar fuerte. Algunas cosas no se pueden tolerar.

Billy Graham dijo: “El lugar más prominente del infierno está reservado para los que permanecen neutrales en los grandes asuntos de la vida.” ¿Qué tal de usted? ¿Va a seguir la corriente? ¿Ha tomado una posición firme por Cristo?

6

La Iglesia Sin Vida

Apocalipsis 3:1-2

Un ministro joven llegó a una iglesia vieja con esperanza de revivirla. La esperanza brillaba en sus ojos, tanto como en su corazón. Pensaba que podía lograr que diera media vuelta, e hizo todo lo que pudo, pero parecía que nada daba resultado.

Finalmente se dio por vencido y anunció en el periódico local que la iglesia se había muerto, y que el domingo por la tarde habría un servicio fúnebre en el templo para todos los que quisiera venir a expresar sus respetos por la muerta. Por primera vez en muchos años el lugar se llenó de bote a bote, puesto que la gente vino para ver este funeral de lo más inusual para una iglesia.

Para su sorpresa, puesto que muchos llegaron 20 ó 30 minutos más temprano para lograr un buen asiento, había un ataúd al frente, cubierto de flores.

Después de terminar el panegírico, el pastor le dijo a la gente que podía pasar para ver los despojos de su querido ser amado que enterrarían ese día. Con toda parsimonia abrieron el ataúd, haciendo a un lado las flores, y la gente desfiló, una por una, para ver a la muerta. Dentro del ataúd había un gran espejo, y cuando la gente se inclinaba a mirar, veían su propia imagen. Al pasar, sabían por qué la iglesia se había muerto.

Cuando una iglesia se muere, se marchita y muere no porque los ladrillos y la mezcla, y la alfombra y bancas se envejecen y empiezan a agrietarse y romperse y derrumbarse. Una iglesia se marchita y se muere porque la gente dentro se marchita y se muere. Como Edgar A. Guest escribió en *It's The Laymen (Es el Laico)*:

Cuando ves una iglesia vacía,
Aunque las puertas estén abiertas de par en par;
No es la iglesia la que se ha muerto,
Es la gente que está adentro.

Jesús hablaba de una iglesia así cuando le dijo a la iglesia de Sardis: "Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto. ² Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios" (Ap. 3:1-2).

La iglesia de Sardis tenía el nombre de Cristo pero no la naturaleza de Cristo. Era el tipo de iglesia que tiene una buena reputación en la comunidad, estadísticas que le hacen verse bien en las oficinas de la denominación, una membresía influyente y un programa completo, pero nada de entusiasmo, ningún sentido de misión, y ninguna visión. Tenía toda la apariencia de piedad, pero negaban el poder de ella. En esta iglesia había abundantes actividades por fuera, pero nada de espiritualidad interna. Sin duda era perfecta y marchaba sobre ruedas. Al mirar de fuera hacia adentro uno vería a la iglesia ideal en lo que se refiere a manifestaciones externas, porque hay pocas cosas mejor organizadas que un cementerio. Nadie jamás se sale de su lugar. Pero es también el lugar más muerto de la ciudad.

Hay, como saben, diferentes tipos de iglesias. Hay las iglesias coliseo: centro de diversión para espectado-

res cristianos. Hay las iglesias museo: dedicadas a preservar el pasado. Hay las iglesias mausoleo: lugares de reposo para los muertos. Sardis era una iglesia mausoleo.

Hay iglesias como la de Sardis por todos los Estados Unidos hoy. No han cerrado sus puertas; todavía realizan actividades, pero están enfermas de muerte. Son como un barco que se hunde lentamente; como un negocio que poco a poco se va a la quiebra; como un pozo que lentamente se va secando; como una persona en el hospital muriéndose poco a poco.

Esta es una advertencia: Una iglesia puede estar atiborrada de gente y ser una colmena de actividad, pero no ser necesariamente una iglesia real. Es muy posible que la iglesia atraiga multitudes porque la gente viene para que la entretengan y no para que la instruyan, y que las acaricien y mimen en lugar de que les den un reto o los confronten con los hechos del pecado y la salvación.

Una iglesia puede estar repleta de muchas actividades, pero puede haber perdido su centro. Puede ser un club altamente exitoso antes que una congregación cristiana real. Me he estado preguntando recientemente: ¿Por qué se mueren las iglesias? He llegado a tres conclusiones:

- Las iglesias se mueren por estrangulación: caen en manos de unas cuantas personas negativas que les impiden marchar hacia adelante.
- Las iglesias se mueren de hambre: dejan de hacer lo que nutre su espíritu.
- Las iglesias se mueren por asfixia: se quedan enclaustradas dentro de sus paredes y no salen a ministrar.

Camine

Primero, las iglesias se mueren por estrangulación. Caen en manos de una o más personas negativas que

les quitan la vida impidiéndoles que avancen y cumplan su misión.

Esto no es cosa nueva. Ya sucedía en la iglesia del primer siglo. El apóstol Juan escribió su tercera epístola para reprender a un hombre llamado Diótrefes, que se oponía a que ayuden a los misioneros viajantes. Estos misioneros viajantes eran predicadores itinerantes que fueron elemento vital para el esparcimiento del evangelio en el primer siglo. Al viajar de lugar en lugar dependían de la hospitalidad de las iglesias para poder hacer su trabajo. Pero Diótrefes no quería ayudarlos, y amenazó con excomulgar a todo el que los ayudara. Juan lo describe como un individuo que “le gusta tener el primer lugar” entre los hermanos (3 Jn. 9). La frase “le gusta tener el primer lugar” literalmente quiere decir que “le fascina ser el primero.” Diótrefes quería dirigir la función.

No sabemos si Diótrefes era laico o pastor, y en realidad no importa. Lo que sí sabemos es que era un hombre terco, agresivo, dogmático y sin pelos en la lengua, que tenía las riendas, y por la pura fuerza de su personalidad, o mediante lazos familiares y amistades, tenía a la iglesia agarrada por la garganta para que hiciera sólo lo que a él se le antojaba. Con su actitud negativa y dominante, era claramente una obstrucción para la obra de Dios.

Los descendientes de Diótrefes todavía están con nosotros hoy. Pierden la vista de la misión y se vuelven hacia adentro. Son personas negativas que se oponen a todo. Si la iglesia necesita un nuevo edificio, se oponen. Si necesita otros ministros, se oponen. Si quiere añadir un nuevo programa, se oponen. No quieren hacer nada, ni tampoco quieren que nadie haga nada. Así que mantienen sus pulgares sobre todo para impedir que la iglesia avance. Como resultado, en la mayoría de las iglesias lo único que se mueve es el plato de las ofrendas.

La iglesia debe tener líderes, pero no necesita líderes que tengan sus pulgares sobre la garganta de la iglesia para impedirle que haga cosas, sino líderes que mantengan sus dedos en el pulso del Señor para mantener a la iglesia haciendo *lo que es debido*.

Cristo es la cabeza de la iglesia. A decir verdad, el único otro lugar del Nuevo Testamento en que aparece la palabra “primer lugar,” que Juan usa para referirse a Diótrefes, es en referencia a Cristo. Pablo declara: “para que en todo tenga la preeminencia” (Col. 1:18). Cristo ha de ser el primero en la iglesia. Su voluntad es la única que importa.

Nuestra tarea es aumentar la población del cielo. No podemos hacerlo quedándonos sentados y cantándonos “Tal Como Soy” unos a otros. Debemos mantener esa visión ante nuestros ojos y esforzarnos por lograrla, para que la iglesia viva. Obviamente no podemos seguir haciendo las cosas como de costumbre.

Si Dios le ha permitido servir en algún lugar de liderazgo, usted no debe reflejar el marco mental de la comunidad, y ni siquiera de la congregación. Más bien, usted debe presentarles el reto de avanzar y seguir ascendiendo para Dios, y nunca debe dejar de hacerlo.

La película preparada para televisión *Alive (Vivos)*, fue la verdadera historia de un equipo uruguayo de rugby, cuyo avión fletado se estrelló en los Andes en medio de una tormenta de nieve en 1972, cuando el piloto se desorientó y se estrelló contra un pico. Es la escalofriante historia de cómo dieciséis de los cuarenta y cinco pasajeros a bordo sobrevivieron sin ropas abrigadas ni herramientas, por 73 días, en temperaturas que bajaron por debajo de cero grados centígrados. Sin nada para comer, recurrieron a comerse la carne de los muertos, a fin de sobrevivir. Después de más de 60 días, tres de los sobre-

vivientes decidieron dejar el fuselaje del avión e ir a buscar ayuda. Las patrullas de rescate ya tiempo atrás habían abandonado toda búsqueda, dando por sentado que todos estaban muertos. Mientras descendían penosamente, con sus pies envueltos en plástico colocado bajo los zapatos de rugby, uno de ellos se sentó, agotado, y diciendo que no quería seguir. El líder del grupo le reprendió diciendo: "Vamos a seguir. Si vamos a morirnos, nos moriremos andando." Ese es el espíritu y actitud que los líderes necesitan para que la iglesia sobreviva.

Le recuerdo que es naturaleza de las cosas muertas no moverse. Así que la iglesia nunca debe dejar de empezar. Debe seguir avanzando hacia adelante, hacia arriba, y hacia afuera por Cristo. Nunca debemos dormirnos en nuestros laureles. Nunca debemos estar satisfechos con las cosas tal como son. Si dejamos de empezar, la iglesia se morirá.

Como posdata, los dieciséis sobrevivientes se ven frecuentemente en Montevideo, capital de Uruguay, y todos han cambiado sus fechas de nacimiento al 22 de diciembre, el día de primavera en que fueron rescatados.

Oración, Unidad y Entusiasmo

Segundo, algunas iglesias se mueren de hambre. No hacen las cosas que nutren sus vidas. Las iglesias no viven sólo por los edificios, presupuestos o burocracias. Hay cosas intangibles que son necesarias para nutrir la vida. ¿Qué es lo que nutre la vida de una iglesia?

La oración es una de las cosas que nutre la vida de una iglesia. La iglesia es el único ejército que marcha de rodillas. Uno de nuestros principales problemas es que tratamos de hacer la obra de Dios con la fuerza humana. Si nos apoyamos en la promoción, conseguimos lo que la promoción puede hacer. Si descansamos en el

dinero, conseguimos lo que el dinero puede hacer. Si nos apoyamos en la organización, logramos lo que la organización puede hacer. Si nos apoyamos en personalidades, conseguiremos lo que las personalidades pueden hacer. Pero si descansamos en la oración, logramos lo que Dios puede hacer.

J. C. Watts, predicador Bautista y congresista de Oklahoma, dijo: "Nuestro mayor recurso en los Estados Unidos son nuestras rodillas." ¿Nos hemos olvidado de eso? Necesitamos dejar de quejarnos porque ya no se permite la oración en las escuelas públicas, y empezar a orar en nuestras iglesias y en nuestras casas. Además, mientras haya exámenes en las escuelas, habrá oraciones en las aulas, diga lo que diga la Corte Suprema.

La unidad es otra fuente de nutrición para la vida de una iglesia. A menudo amonestamos a que haya amor y unidad. ¿Por qué? Porque es tan difícil de lograr y mantener. Es tan frágil que una o dos personas pueden romperla. Una iglesia en guerra civil pone en peligro su vida. El miembro promedio de la iglesia no está interesado en los pleitos que hay en la iglesia, y con certeza los inconversos mucho menos. Ya tienen suficientes problemas propios sin necesidad de que la iglesia los aumente. Están tratando de conservar su matrimonio, pagar su hipoteca, mantener a sus hijos lejos de las drogas, y conservar sus empleos. Si la iglesia no los ama y los alienta, se irán . . . y no los culpo.

La Biblia advierte: "Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. ¹⁵ Pero si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que también no os consumáis unos a otros" (Gál. 5:14-15). ¡Eso es canibalismo cristiano!

Conducía hace poco por el oeste de Texas, y me aproximaba a la ciudad de Stanton. Su letrero de bien-

venida decía: “¡Bienvenido a Stanton! Hogar de 3,000 personas amigables y unos pocos caras agrias.” Toda comunidad y toda iglesia tiene unos cuantos caras agrias. Eso hay que esperar, pero se puede superar. El pastor Jessie Berthold me dijo que tenía un diácono en su iglesia al que apodaban “el exterminador.” Era conocido por correr a los pastores.

Conozco a unos cuantos así. Actúan como si Dios los hubiera llamado a ser el aguijón en la carne para el pastor. Me doy cuenta de que Dios me llamó a pescar hombres, pero ocasionalmente quiero echar a algunos de nuevo al agua.

El finado Casey Stengle, famoso administrador de los Yankees de Nueva York, una vez dijo el secreto de ser un administrador de éxito: “Mantén a los cinco que te detestan lejos de los cinco indecisos” (*Dallas Morning News*, 2 se septiembre del 2000). Ese tal vez sea el secreto de un pastorado exitoso también.

Martin Luther King tenía razón: “Debemos aprender a vivir como hermanos, o si no moriremos como necios.” Podemos destruirnos nosotros mismos.

En los Olímpicos del 2000, en Sydney, Australia, el iraní Hosseis Rezaadeh logró un nuevo récord en levantamiento de pesas, alzando 572 libras. Pero he leído que si pudiéramos lograr que todos los músculos de nuestro cuerpo halaran en la misma dirección, podríamos alzar 25 toneladas. La iglesia que hala unida es fuerte y resistente.

Otra fuente de nutrición es el entusiasmo. Muchas de nuestras iglesias sufren de helada espiritual. Parecen tener algún prejuicio contra toda demostración de emoción o entusiasmo. Un predicador una vez encontró a uno de los miembros en la calle y le dijo: “No le he visto en la iglesia últimamente, Jaime.” El hombre replicó:

“No, pastor, usted sabe como son las cosas. Los chicos han estado enfermos, y llueve, y llueve, y llueve.” El predicador le dijo: “Pues bien, Todo está siempre seco en la iglesia.” El hombre respondió: “Sí; esa es otra razón por la que no voy.”

Cuando una iglesia se incendió dos miembros estaban contemplando. Uno le dijo al otro: “Jaime: esta es la primera vez que te he visto en la iglesia en diez años.” Jaime respondió: “Esta es la primera vez que he visto a la iglesia encendida.” Que la iglesia se encienda espiritualmente, que deje a los ministros y a la congregación creer y actuar como si pensarán que están haciendo algo de importancia eterna, y la gente vendrá.

He estado en algunos cementerios que tienen más vida que la mayoría de iglesias Bautistas. Hace poco prediqué en una iglesia, y uno de los diáconos sentados en la primera banca se murió. Simplemente se desmadejó justo en pleno culto. Cuando llegó la ambulancia se llevaron en camillas a tres hombres antes de llevarse al fallecido.

Un predicador amargado me escribió: “Dígale a mis diáconos que cuando me muera no deben derramar ni una lágrima, porque no estaré más muerto que lo que ellos han estado por años.”

Hay suficiente tedio en el mundo sin que la iglesia lo aumente. Así que cuando vamos a la iglesia debemos saludarnos cálidamente unos a otros, cantar con gusto, orar con pasión, escuchar con atención, y responder con gozo.

Carlos Wesley, que fue uno de los paladines del movimiento que dio a luz al metodismo, dijo: “Enciéndete tú mismo, y el mundo vendrá para verte arder.” Algunas iglesias tienen miedo de los excesos. Despreocúpese. Prefiero estar en una iglesia que necesita que se la calme antes que en una iglesia que necesita que se la encienda.

La Segunda Reforma

Tercero, las iglesias se mueren por asfixia. La gente se queda enclaustrada en sus paredes en lugar de salir a la comunidad donde está la gente.

A principios de la historia cristiana se desarrolló el movimiento monástico. Algunos se fueron a vivir en monasterios, detrás de paredes y claustros, y se separaron del resto del mundo para vivir en reclusión, esperando obtener verdadera santidad al no mezclarse con el mundo pecador.

En 1947 una expedición estadounidense que trabajaba en la península del Sinaí, buscando el lugar donde Moisés recibió los Diez Mandamientos, quedó asombrada al hallar uno de esos antiguos monasterios, Santa Catalina, perdido en una hendidura montañosa, lejos de toda ruta normal. Construido en el año 340 d.C., se levantaba a casi 1,500 metros sobre el nivel del mar. Los monjes que vivían allí habían sido olvidados por largo tiempo. La expedición quedó asombrada al hablar con el fraile Tacomio, que no había puesto pie fuera de los muros por cincuenta años. Nunca había oído de la Primera Guerra Mundial, que terminó en 1918, o de la Segunda Guerra Mundial, que se acabó en 1945 (*Reader's Digest*, "Which Mountain Did Moses Climb?" junio de 1973, pág. 209-215).

Muchas iglesias se mueren debido a una mentalidad monástica. Se reúnen tras paredes enclaustradas en lo que llaman santuario, lejos de los sufrimientos de la sociedad, y afuera ponen un letrero que dice: "No Molestar." Todo lo que hacen es reunirse, comer y saludarse. Construyen paredes que se convierten en tumbas y llevan a la muerte espiritual.

La iglesia no debe ser un monje calvo enclaustrado en una cueva, ni una mujer gorda sentada en su mece-

dora cobrando sus cheques del Seguro Social. Debe ser una criada, activamente haciendo la obra de Dios.

Jesús no fue un monje, ni tampoco debemos serlo nosotros. Él sabía que vivir en reclusión no le hace a uno santo, así como vivir en un pozo no lo hace a uno santo. Jesús pasó su tiempo predicando, enseñando, sanando, dando de comer y amando a la gente. Cuando Juan el Bautista envió palabra a Jesús para preguntarle: “¿Eres tú el que había de venir, o esperaremos a otro?” Jesús respondió: “Id, haced saber a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio” (Luc. 7:20-22).

Era como si Jesús estuviera diciendo: “Cuando Juan sepa lo que estoy haciendo, sabrá quién soy.” Lo mismo con nosotros. Nuestra actividad, nuestro ministerio, nos delata. Si somos realmente pueblo de Dios, ministraremos a nuestro mundo necesitado.

Cuando una iglesia se vuelve hacia adentro, pensando sólo en sus propias necesidades en lugar de alcanzar a otros, se muere. Tenemos que dejar de preguntar: “¿Cómo podemos emplear más ministros para atender nuestras necesidades?” y empezar a preguntar: “¿Cómo podemos emplear más santos para atender las necesidades del mundo que nos rodea?” Somos el Cuerpo de Cristo, y debemos hacer en nuestros días lo que él hizo en los días de su carne.

Somos peregrinos por llamamiento. Debemos ser gente que pasa y está moviéndose, pero qué fácil es que el peregrino se vuelva inquilino, y qué fácil el inquilino aspira a ser dueño. “Quedémonos aquí,” se vuelve en “construyamos aquí,” hasta que finalmente es: “muramos aquí.” De carpas, a templos, a tumbas, la seducción de la permanencia siempre está presente.

Alguien dijo que la primera Reforma puso la Biblia de nuevo en manos del pueblo. La Segunda Reforma pondrá el ministerio de nuevo en manos del pueblo. Cuando eso suceda, la iglesia cobrará vida.

¿Puede volver a vivir una iglesia muerta? ¡Claro que sí! Si se libra de las garras de la gente negativa. Si vuelve a consagrarse a la misión de aumentar la población del cielo. Si se entusiasma por la obra de Dios, se aman unos a otros, y participan en ministrar a la comunidad. Y si se ponen de rodillas delante del Señor.

Pregúntese usted mismo: "¿Qué clase de iglesia sería mi iglesia si todos los miembros fueran igualitos a mí?" Las iglesias vivas están llenas de individuos con Biblias en las manos; las iglesias muertas no. Las iglesias vivas brillan y crecen; las iglesias muertas no. Las iglesias vivas tienen problemas de estacionamiento; las iglesias muertas no. Las iglesias vivas se mueven por fe. Las iglesias muertas se mueven por vista. Las iglesias vivas respalda fuertemente las misiones. Las iglesias muertas quieren guardarlo todo en casa. Las iglesias vivas enfocan a las personas. Las iglesias muertas se concentran en los problemas. Las iglesias vivas están llenas de personas que dan el diezmo. Las iglesias muertas están llenas de gente que da propinas. Las iglesias vivas tienen un viento fresco del espíritu de amor que corre por la congregación. Las iglesias muertas son dadas a las peleas. Las iglesias vivas evangelizan. Las iglesias muertas se fosilizan.

¿Está usted estorbando a la iglesia con su actitud o disposición? ¿Se ha quedado complacido? ¿Ha desarrollado una mentalidad de fortaleza? ¿Se ha aislado del pecado y estrépito de la comunidad? Si su iglesia está muerta, mire al espejo y sabrá por qué.

Harry Emerson Fosdick lo dijo de esta manera: “El primer requisito para un funeral es un cadáver dispuesto.” Si usted no quiere que su iglesia se muera, no se morirá. Puede volver a vivir. Puedo contarle de una iglesia que una vez había quedado con 20 personas en la Escuela Dominical y estaba lista para cerrar sus puertas. Hoy es una congregación próspera que tiene más de 500 en la Escuela Dominical.

Esa iglesia se reúne en el mismo edificio, y en la misma calle, y en el mismo barrio de la misma ciudad, y tiene la misma Biblia. ¿Qué cambió? Un nuevo liderazgo y un nuevo espíritu; no necesariamente liderazgo diferente, sino nuevo liderazgo. La gente cobró vida en Cristo, y cuando la gente está viva, la iglesia vive.

Shimón Péres, que fue Primer Ministro de Israel, habló como parte de la Serie de Conferencias Distinguidas en la Universidad de Texas, en Tyler, el 19 de febrero de 1999. Dijo: “Oí que alguien dijo una vez: ‘Sólo los comunistas pueden derribar el comunismo.’ Al final, eso fue lo que sucedió.”

Es mi convicción que lo mismo es cierto respecto a la iglesia. Sólo los creyentes pueden matar a la iglesia. Así que debemos evitar la estrangulación, evitar matarla de hambre y de asfixia, y así la iglesia vivirá.

7

La Iglesia Trabajadora

Apocalipsis 3:8

Uno de mis primeros pastorados fue en una ciudad pequeña que tenía una universidad grande. Un día conversando con el Dr. E. O. Wiley, profesor jubilado, él me dijo: “Si seguimos trabajando, tal vez a la larga logremos hacer de la First Baptist Church una institución cristiana.”

La First Baptist Church de San Marcos tenía más de cien años en ese entonces, pero el veterano profesor puso su dedo sobre una verdad importante. Sin que importe cuántos años haya existido una iglesia local, tiene que seguir trabajando para tratar de ser lo que el Señor quiere que sea.

¿Qué es lo que Dios quiere que su iglesia sea? Jesús dijo: “¿No está escrito: Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones?” (Mc. 11:17). El significado básico de la palabra “oración” es “progresar,” “viajar,” “emprender un viaje.” La idea es que la iglesia debe ser un lugar adonde las personas van para encontrar a Dios.

Así que vamos a la iglesia a adorar, a alabar a Dios, a confesar nuestros pecados, a experimentar perdón, y para oír y recibir su llamamiento. Venimos a estudiar, a aprender, y a crecer a su semejanza. Venimos para hallar respaldo, inspiración y aliento para la forma más elevada de vida, pero todo este venir, excepto por la

adoración, tiene el propósito de ir. Debemos ir a buscar y a salvar, y a servir. De hecho, si no vamos, el venir es en vano.

Con este propósito el Señor le dijo a la iglesia de Filadelfia, tanto como a la iglesia de hoy: “he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar” (Ap. 3:8). La puerta abierta aquí, y en el resto del Nuevo Testamento, representa una oportunidad para proclamar el evangelio. Es una analogía común.

En su primer informe misionero a la conferencia de Jerusalén, Pablo y Bernabé relataron cómo llevaron el evangelio por primera vez a los gentiles, y dijeron que Dios “había abierto la puerta de la fe a los gentiles” (Hch. 14:27). Cuando Pablo habló de los retos que enfrentó en Éfeso, escribió: “se me ha abierto puerta grande y eficaz, y muchos son los adversarios” (1Cor. 16:9).

Cuando Pablo relataba cómo el evangelio fue llevado por primera vez a Europa, escribió: “Cuando llegué a Troas para predicar el evangelio de Cristo, aunque se me abrió puerta en el Señor,¹³ no tuve reposo en mi espíritu, . . . así . . . partí para Macedonia” (2Cor. 2:12-13). Cuando quería que oraran por su obra misionera, le pidió a la iglesia que orara “para que el Señor nos abra puerta para la palabra” (Col. 4:3).

Hasta donde yo sé, Pablo nunca le pidió a la iglesia que orara por los perdidos. Lo más cercano a esto es cuando escribió: “Hermanos, ciertamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación” (Rom. 10:1). Pero eso es más un deseo, un anhelo, que una oración. Lo que pide es que ellos oren para que se le abra una puerta para testificar, que tenga el valor para hacerlo, y que tenga claridad al testificar (Col. 4:4).

Aquí el Cristo resucitado, usando la misma analogía, dice: “he puesto delante de ti una puerta abierta, la

cual nadie puede cerrar" (Ap. 3:8). Chuck McDonald nos recuerda que "La oportunidad nunca viene. Está aquí." La oportunidad siempre está allí para los que tienen ojos para verla y el valor para aprovecharla. Esto nunca fue más cierto que en la iglesia de hoy.

Vivimos, siempre hemos vivido y siempre viviremos, en un día de oportunidad, pero se me ocurre que en tanto que el Señor ha puesto delante de nosotros una puerta abierta, nosotros no la hemos usado. Nadie puede cerrarla, pero nosotros no hemos pasado por ella. Trágicamente, hoy es lo que la mayoría de iglesias está haciendo. En un día de oportunidades sin precedentes, estamos escondiéndonos detrás de puertas abiertas.

Los creyentes y las iglesias ya han tenido casi dos mil años para trabajar en el campo del mundo, y la mies todavía espera. Hay grandes iglesias con excelentes edificios, elevados presupuestos, excelentes programas, muchos ministros y la mies todavía espera. Hay miles de iglesias pequeñas con recursos significativos en dinero y personas, y la mies todavía espera. Hay los líderes más preparados de todos los tiempos en iglesias y denominaciones, y la mies todavía espera.

Es tiempo de decirlo: no es la fuerza del enemigo lo que nos estorba. Es nuestra propia debilidad interna. Nos presiona la amenaza de la mediocridad. Como alguien lo dijo: "En la iglesia ya no necesitamos el rótulo de 'ábróchese su cinturón' porque ya no volamos."

Estamos sentados en el hangar, detrás de puertas abiertas. ¿Por qué es así? Hay varias razones.

- Escepticismo: En realidad no creemos que la gente esté perdida.
- Indiferencia: Lo creemos, pero no nos importa.
- Preocupación: Estamos atareados en cosas de menor importancia.

- Vergüenza: No estamos viviendo como debiéramos.
- Miedo: No confiamos en que Dios nos va a dar la victoria.

¿Creemos en Realidad?

Primero, no pasamos por las puertas abiertas debido al escepticismo. En realidad no creemos que las personas están perdidas. Una joven misionera relataba que en su primer año de estudios de enfermería, un médico joven le preguntó: “¿Crees en realidad que todos los hombres que nunca han oído de Cristo están perdidos?” Ella contestó: “Sí, doctor. Así lo creo.” De nuevo, él le preguntó: “¿Y piensas que los que han oído de él y no lo han recibido están perdidos?” Ella respondió: “Así es.” Entonces, con una mirada de la más honda seriedad, él dijo: “Pues bien, todo lo que tengo que decir es que si tú crees eso, no puedes vivir como el resto de nosotros.”

Permítame preguntarle: ¿cree en realidad que los que nunca han oído de Jesucristo están perdidos? ¿En realidad cree que los que han oído de él y no le han recibido están perdidos? No, no; quiero decir, *¿en realidad* cree eso? No si lo dice de labios para afuera. Todos lo decimos de labios para afuera, pero al parecer no todos lo creemos. Porque, como lo dijo el médico: “Si realmente creemos eso, no podemos vivir como el resto del mundo.”

En los Estados Unidos hay un universalismo que está introduciéndose subrepticamente, y que dice: “Cualquier religión es tan buena como cualquiera.” ¡No lo es! Dicen: “No importa lo que uno crea.” ¡Sí importa! Dicen: “A la larga todos serán salvados.” ¡No, no lo serán! La mitad de la población cree eso, y muchos están en la iglesia.

Pero le recuerdo que Jesús dijo: “ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; ¹⁴ porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan” (Mat. 7:13-14). También le recuerdo que Jesús dijo: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Jn. 14:6). No es “un camino.” Ni siquiera es “el mejor camino.” Es el único camino. Le recuerdo que “en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hch. 4:12).

Un escéptico británico de fines del siglo diecinueve dijo con sorna que en la entrada de toda iglesia se deberían tallar cuatro palabras: “Importante si es cierto.” Si lo que dicen las Escrituras es cierto, si realmente creemos eso, no podemos escondernos detrás de puertas abiertas. Debemos proclamar el evangelio.

Repórtese Aquí Toda Oveja Perdida

Segundo, no pasamos por las puertas abiertas debido a la indiferencia. En realidad no nos importa que la gente esté perdida. Le preguntaron a alguien: “¿Cuál piensa usted que es el problema más grande en los Estados Unidos hoy: la ignorancia o la indiferencia.” El otro respondió: “No lo sé, ni me importa.” Demasiadas veces esa es nuestra actitud.

Somos como el joven que solicitó el trabajo de ujier en un cine. Eran los días en que los ujieres se ponían al final del pasillo con una linterna de mano y ayudaban a las personas a hallar su asiento. El gerente, tratando de determinar las calificaciones, le preguntó: “¿Qué harías si estallara un incendio?” El joven respondió: “Ah, no se preocupe por mí; no tendré problemas para hallar la sali-

da." Esos somos nosotros. Contentos con escaparnos, y dejar que los demás encuentren la salida por sí mismos.

Somos como el hombre que oraba: "Dios, bendíceme a mí, a mi esposa, a nuestro hijo Benjamín, y a su esposa; a nosotros cuatro y a nadie más. Amén."

Según George Barna "la iglesia promedio en los Estados Unidos destina alrededor del cinco por ciento de su presupuesto a la evangelización, pero aproximadamente el 30 por ciento a edificios y mantenimiento." Las aerolíneas saben que tienen una enorme inversión de capital en aviones, pero el único tiempo en que producen ganancia es cuando están en el aire y llenos de personas. De la misma manera, nosotros tenemos una cantidad tremenda de recursos en nuestros edificios, pero sólo producen (en evangelización y discipulado) es cuando están llenos de gente. Los Bautistas del Sur han gastado \$6,000 en edificios por cada hombre, mujer y niño que asiste a sus Escuelas Dominicales, y ni así están llenos muy a menudo.

A menos que estemos bien con Dios, no nos preocupa si la gente se va al infierno, pero cuando estamos a cuenta con Dios, él nos pone un peso en el corazón. Si usted no tiene ese peso, necesita una renovación de su fe. Necesitamos orar como el estadista misionero Frank Laubach: "Señor: Perdónanos por mirar a nuestro mundo perdido con ojos secos."

No se trata, por supuesto, de que seamos totalmente indiferentes. Es como si pusiéramos un letrero que diga: "Toda oveja perdida que se reporte aquí recibirá atención." Pero son ellas las que tienen que venir. Por cierto que no vamos a ir a buscarlas. No; estamos escondidos detrás de puertas abiertas.

¿Qué le pasó a los cantos como el siguiente, de Leroy Sedgwick?

Guíame a algún alma hoy;
 Enséñame, Señor, lo que debo decir;
Tengo amigos que están perdidos en pecado,
 Y no pueden hallar el camino.
Pocos hay que parecen interesarse,
 Y pocos son los que oran;
Derrite mi corazón y llena mi vida,
 Dame un alma hoy.

Si acaso lo cantamos, lo entonamos detrás de puertas abiertas.

Arreglando Cuadros en una Casa Incendiada

Tercero, no pasamos por las puertas abiertas de la oportunidad porque nos preocupamos por cosas de menor importancia. El Antiguo Testamento relata el episodio de un hombre capturado en batalla. Su captor le dejó bajo custodia de uno de uno de sus criados, con instrucciones estrictas de que debía vigilarlo sin perderle de vista. Pero cuando el captor volvió, el cautivo se había escapado. El criado respondió diciendo: “Y mientras tu siervo estaba ocupado en una y en otra cosa, el hombre desapareció” (1R. 20:40).

La ociosidad es el taller del diablo, al igual que la demasiada ocupación si, mientras estamos atareados aquí y allá, no cumplimos con nuestra responsabilidad principal. Marta, hermana de María y Lázaro, debería ser la santa patrona de los cristianos de hoy. Revolotea alrededor de Jesús. ¿Qué hay de malo con revolotear alrededor de Jesús? Uno puede perderlo mientras le sirve. La fuerza centrífuga dice que mientras más rápido gira algo, más se mueve hacia el borde. Mientras más atareados estamos por Cristo, más y más lo empujamos a él hacia el borde.

Un hombre que pertenecía a otra denominación estaba considerando unirse a la iglesia que yo pastoreaba. Sentado frente a mi escritorio un día, él dijo: "He servido en toda capacidad en mi iglesia: en la junta, como anciano, como diácono; pero nunca he hecho nada significativo. Todo lo que hemos decidido es el color de la alfombra para el santuario, y si deberíamos servir jugo de uvas o vino real para la comunión. Quiero que mi vida cuente para algo significativo. Quiero realmente tener parte en la obra de Dios."

Mucho de lo que hacemos es como si fuéramos una ardilla en una jaula: mucha acción pero nada de progreso. Trágicamente, el hombre bien podría ser por igual miembro de una iglesia Bautista. Demasiadas veces hemos sustituido el trabajo en la iglesia por el trabajo de la iglesia.

Debemos precavernos en cuanto a la obsesión por lo insignificante. Hablando a un grupo de estudiantes en una conferencia misionera, el Dr. Bill O'Brien dijo: "Mientras la agenda de una iglesia Bautista sea el béisbol, manualidades de cerámica, la inerrabilidad, y el mantener a las mujeres fuera del ministerio, el mundo está yendo al infierno en una canasta de frutas." Su punto es bien dicho. Hace poco leí de una iglesia de Dallas que tiene un ministro de música de jazz. ¿Qué tiene eso que ver con ganar para Cristo a un mundo perdido?

D. L. Moody dijo: "Somos como bomberos entrando a la carrera en una casa incendiada y arreglando los cuadros en las paredes." Por amor de Dios, si la casa está incendiada, saque a la gente. Olvídese de la decoración interior.

Tales, el filósofo griego de la antigüedad, estaba tan concentrado en contar las estrellas que andaba cayéndose en los baches de la calle. Esa puede ser la fe mal

dirigida que algunos siempre están tratando de contar y medir. Pero también dice que tenemos que sacar nuestras cabezas de las nubes y poner nuestros ojos en la gente, para poder aprovechar el día. Tenemos que dejar de medir a las iglesias por su capacidad de asientos, y empezar a medirlas por su capacidad para enviar a los creyentes al mundo perdido.

No Discusiones, sino Exposición

Cuarto, no pasamos por puertas abiertas porque nos avergonzamos. No estamos viviendo como es debido, y lo sabemos, y sabemos que otros lo saben. Dick Morris, en un tiempo asesor de estrategia política del presidente Clinton, escribió un libro sobre el presidente, que tituló, *Behind the Oval Office (Detrás de la Oficina Oval)*. Su introducción se titula: "Cómo Reelegimos nuestro Presidente del Domingo por la Mañana y Acabamos con Bill del Sábado por la Noche." Más tarde el comentarista Brit Hume dijo respecto al presidente Clinton: "Pienso que en realidad hay dos Bill Clintons: Un Bill del sábado por la noche, y otro del domingo por la mañana."

Todos conocíamos al Bill del domingo por la mañana, que iba a la iglesia con una sonrisa en su cara y en la mano una Biblia tan grande como la Guía Telefónica de la ciudad de Nueva York. Lo que no sabíamos era que el Bill del sábado por la noche era una persona totalmente diferente. Trágicamente, no sólo hay Bills del sábado por la noche y Bills del domingo por la mañana en la Casa Blanca, sino también en la casa de Dios.

De paso, en los Estados Unidos nos encanta hablar todo ese cuento egalitario de que cualquier individuo de los Estados Unidos puede llegar a ser presidente, pero a menos que el presidente crezca mucho más que el resto de nosotros, no debería llegar a ese cargo. Por más

que vociferemos diciendo que un tipo como nosotros puede ser presidente, lo que en realidad queremos es alguien especial. No queremos un presidente al que podamos mirar ojo a ojo. Queremos alguien a quien podamos mirar hacia arriba; moral y éticamente, tanto como en términos de talento.

El más famoso naufragio de la historia fue el del Titanic. Tildado como insumergible, eso fue casi lo único que hizo. En su viaje inaugural de Inglaterra a Nueva York el 14 de abril de 1912, chocó contra un témpano que le hizo una rotura de casi cien metros en estribor, y en dos horas y cuarenta minutos se hundió a más de cuatro mil metros hasta el suelo del Atlántico. De los 2,200 pasajeros a bordo, 1,517 murieron.

Las primeras teorías decían que una placa de acero defectuosa había causado el hundimiento del gran barco. Pero cuando se halló a la nave en el fondo del Atlántico, se descubrió que los remaches que se usaron en el casco eran de hierro sin aleación, y tan pronto como ocurrió el impacto, las cabezas de los remaches simplemente saltaron, haciendo que la costura del casco se abriera.

¡Piénselo! Un barco de 46,328 toneladas se hundió debido a un remache defectuoso de ocho onzas. Nuestro testimonio cristiano muchas veces naufraga de la misma manera. No debido a algún gran pecado o acto criminal o inmoral; sino por no pagar nuestras deudas, por perder los estribos, por ser grosero con un empleado o una mesera, o por desquitarnos de algún vecino. Son las cosas pequeñas las que silencian nuestro testimonio. Jesús dijo que debemos estar en el mundo, pero no ser del mundo. Desdichadamente, más a menudo somos del mundo pero no estamos en él. Nos escondemos detrás de puertas abiertas.

Tony Campolo, en su libro *Following Jesus Without Embarrassing God*, (*Siguiendo a Jesús sin Avergonzar a Dios*), relata una línea de la película *Oh, God!* (*¡Oh, Dios!*). John Denver representa a un individuo que recibe mensajes de Dios. En cierta ocasión confronta a un predicador a mitad de su perorata y le dice: "Dios quiere que cierres la boca, porque estás avergonzándolo." Que nunca avergonzemos a Dios con nuestras vidas o testimonio, sino que siempre procuremos exaltarlo.

La mayoría de personas no son ganadas por discusiones, sino por exposición. Tienen que ver a Cristo en nosotros. No esperamos ser perfectos, pero sí tenemos que ser diferentes. Debemos vivir según diferentes valores, adherirnos a una moral más alta, tratar a las personas en forma diferente, tener una disposición más dulce, y hablar un lenguaje diferente.

Pablo les dijo a los judíos: "el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros" (Rom. 2:24). Que nunca se diga eso de nosotros.

Excusas Hasta el Cansancio

Quinto, a veces no pasamos por las puertas abiertas debido al miedo. No confiamos en que Dios nos va a dar la victoria. Hace años Dawson Trotman preguntó, después de años de haber estado trabajando en la mies: "¿Cuál es la necesidad de la hora? ¿Es más dinero o mejor equipo, o mejores recursos?" Luego respondió: "¡No! La necesidad es de personas que crean que Dios hará todo lo que ha prometido." El embotellamiento en la obra de Dios siempre ha sido obreros. La gente está más dispuesta a oír que a hablar. Están más listos para recibir que para dar . . . y confiar.

En la Escuela Dominical aprendimos que los hijos de Israel vagaron por el desierto por cuarenta años, pero

no tenían que hacerlo. Dieciocho meses después de salir de Egipto llegaron a la frontera de la Tierra Prometida. Allí el Señor les dijo: "Allí está la tierra que fluye leche y miel. Les pertenece. ¡Tómenla!"

¿Sabe lo que hicieron? Nombraron un comité de búsqueda de la Tierra Prometida. El comité se reunió por cuarenta días y cuarenta noches. La reunión duró casi tanto tiempo como las de la mayoría de comités de hoy, y con los mismos resultados. Volvieron con un informe dividido. Hubo dos que dijeron: "Vamos," y diez que dijeron: "No." Todos convinieron en que era tierra que fluye leche y miel. Era todo lo que Dios había dicho que era . . . pero . . .

Cuidado con esa palabra "pero." Uno puede dar excusas hasta el cansancio. Incluso puede hallar excusas para escaparse de la voluntad de Dios.

"Pero hay gigantes en la tierra. Y hay ciudades amuralladas, con fuertes fortificaciones. Y nosotros somos a nuestra propia vista como saltamontes," dijeron. Estaban llenos de miedo en lugar de estar llenos de fe, y no echaron mano de los recursos divinos.

Nuestros ojos siempre enfocan uno de cuatro lugares: nuestras circunstancias, otros, nosotros mismos o el Señor. Si los ponemos en cualquiera de los tres primeros, y no en el Señor, los gigantes parecerán más grandes que Dios, los obstáculos pesarán más que las oportunidades, y nuestros temores serán más grandes que nuestra fe.

Así que se dieron la vuelta y se adentraron en el desierto, en donde deambularon hasta que sus huesos blanquearon el desierto de Siria. Allí, en el desierto, murió todo hombre y mujer de veinte años para arriba, obviamente la edad de responsabilidad.

Se ha calculado que deambularon mil ochocientas millas en cuarenta años. Eso quiere decir unas 20 millas por año, o cien metros por día. Eso es mucho más rápido de lo que algunas iglesias se mueven hoy.

Mirando en retrospectiva años más tarde, el Señor dijo por medio del salmista: “Y volvían, y tentaban a Dios, Y provocaban al Santo de Israel” (Sal. 78:41). La expresión “volvían,” también quiere decir “darle la espalda.” ¿Darle la espalda a Dios? ¿Tentar a Dios? ¿Provocar a Dios? ¿Cómo? Al rehusar pasar por la puerta abierta. Al no aprovechar la oportunidad.

Solía pensar que lo opuesto del miedo era valentía. Ahora sé que no es así. Es confianza. La valentía se centra en el hombre. La confianza se centra en Dios.

Mencioné al principio de este capítulo que en un tiempo fui pastor de una iglesia en una ciudad universitaria pequeña. En esos días guíé a Cristo al entrenador del equipo universitario de básquetbol. De inmediato él se interesó en la salvación de los demás colegas, y quería que yo les hablara. Se interesaba de manera especial en el director de atletismo, Milton Jowers. El entrenador Jowers era el “Oso Bryant” de la Segunda División de Atletismo. Era un ex-marino que operaba mediante el miedo y la intimidación. Maravilloso entrenador, había dirigido su equipo de fútbol y de básquetbol a los campeonatos nacionales de la NAIA. El Oso Bryant había incluso tratado de contratarlo como entrenador para el equipo de baloncesto de Texas A&M, cuando él estaba allí. Todos temían a Milton Jowers.

Un día cuando estaba recortándome el pelo llegó el entrenador McDonald. Me preguntó si ya había visitado a Jowers. Cuando le dije que no, me dijo: “Usted es un cobarde. Usted es perro cobarde doble.” En Texas no hay nada peor que ser un perro cobarde doble.

Así que cuando terminé de recortarme el pelo, me fui derecho al estadio y pedí ver al entrenador Jowers. La secretaria le notificó, y él me invitó a pasar. Por lo general no uso este método, pero pensé que si él era así de intimidador, debía pisar el mismo terreno. Así que estiré mi mano, y le dije: "Entrenador: Soy Paul Powell, pastor de la First Baptist Church, y he venido para hablarle de su alma. ¿Le interesa?"

Él dijo: "¡Siéntate muchacho! Hablemos." Entonces empezó a hablarme de su vida, y le hablé del evangelio. Antes de salir, me dijo: "Si te interesaste por mí lo suficiente como para venir, e invitarme a tu iglesia, voy a ir."

Al siguiente domingo él y su familia estuvieron allí. Volvieron al domingo siguiente. A la siguiente semana los visité en su casa una noche, y guié a Cristo a sus dos hijos adolescentes. Él y Erma, su esposa, todavía no estaban listos, pero unas semanas más tarde ambos pasaron al frente profesando fe en Cristo. Al estrecharme la mano me dijo: "Pastor, no me ponga en la banca."

Milton Jowers quería entrar en el juego. Eso es lo que muchos de ustedes necesitan. Algunos ya han estado sentados lo suficiente. Escuche: ninguno de nosotros va a salir vivo de este mundo. O bien usted se muere en los graderíos, en la banca o en la cancha. Así que será mejor que salga de la banca y entre en la cancha, y se dedique al juego. Recuerde esto: usted está en el camino o está estorbando el camino.

Jesús nos recuerda: "Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo" (Jn. 10:9). Si salimos, ellos vendrán, y serán salvados. Las puertas de la oportunidad están abiertas. No debemos escondernos detrás de ellas. Debemos pasar por ellas y traer a las personas a Cristo, la puerta de la salvación.

8

La Iglesia Tíbia

Apocalipsis 3:14-20

Un predicador de una población rural fue a una convención, en donde casi todo el que habló se refirió a la apatía y el letargo. No estaba seguro de lo que querían decir con esas palabras, que sonaban muy serias, así que decidió predicar sobre eso en su iglesia. Al domingo siguiente le predicó a su congregación apasionadamente sobre ambas cosas.

Al saludar a los miembros al final del sermón, una señora le dijo: “Pastor, usted habló de la apatía y el letargo. ¿Qué son?”

Él respondió: “Querida señora: ¿no sabe usted lo que son la apatía y el letargo? Vamos, son dos de nuestras doctrinas Bautistas básicas.”

La apatía y el letargo no son, desde luego, doctrinas Bautistas, pero en nuestras iglesias sí hay una terrible cantidad de indiferencia y despreocupación.

No es un problema nuevo. Ha sido una plaga en la iglesia desde el principio. La Biblia habla de esto en la carta del Señor a la iglesia de Laodicea (Ap. 3:14-20). El Señor le instruye a Juan: “escribe al ángel de la iglesia en Laodicea” (v. 14). Cuando Dios empieza una obra en el mundo, siempre empieza con su pueblo. ¿No dice él: “si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convir-

tieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra" (2Cr. 7:14). Anótelo en algún lado: El Señor está más interesado por la espiritualidad en la iglesia que por la carnalidad en el palacio presidencial. A nosotros no nos interesa, pero a él sí.

¿Qué anda mal en esta iglesia? El Señor nos dice: "Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente" (v. 15). La iglesia se había entibiado, se había vuelto complacida e indiferente. Había perdido su fuego, su entusiasmo por Dios y su obra. Todavía realizaban todas las actividades, pero habían perdido su pasión.

Luego el Señor expresa su deseo para esta iglesia: "¡Ojalá fueses frío o caliente!" (v. 15). Algunos no entienden que el Señor en realidad prefiere una iglesia fría a una iglesia tibia. ¿Por qué? Si una iglesia es tibia, entonces se siente satisfecha. Se siente cómoda con las cosas tal como son. Su propia tibieza la hace sentir tan cómoda que la impide sentir necesidad, pero si es fría, la gente tal vez tirite lo suficiente como para buscar fuego.

La evidencia de su tibieza se ve en todas partes. Pensaban que eran ricos y que aumentaban sus bienes, y que no tenían necesidad de nada, pero el Señor los vio bajo una luz enteramente diferente. Dijo que eran: "un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo" (v. 17). Peor todavía, habían dejado fuera al Salvador. El Señor dijo: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo" (v. 20).

Luego el Señor hace una afirmación asombrosa: "Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca" (Ap. 3:16). No es grato pensarlo, pero las iglesias tibias enferman a Dios.

¿Qué había en estas iglesias que afligió tanto al Señor? Estaban satisfechos consigo mismos, se habían ablandado respecto al pecado, y habían excluido al Salvador. Por esto el Señor los reprocha y les llama a ser celosos y a arrepentirse. Alguien ha dicho: “La tristeza del Salvador no es por el pecado de los pecadores, sino por la complacencia de los santos, porque él tiene tan poco de nosotros y nosotros tan poco de él.”

Cómo ya señalé en la introducción este es el último mensaje del Señor para la iglesia. Su último mensaje no es: “Vayan y discipulen a todas las personas” (Mat. 28:19-20). La iglesia ha pasado la comisión a la complacencia, de la acción a la apatía. Así que su mensaje final es que se arrepienta de su tibieza; que vuelva a atizar el fuego de la pasión por su misión.

Lo que necesitamos hoy es encendernos. El viejo himno de Juan Newton lo dice muy bien:

Avívanos de nuevo; llena cada corazón con tu amor;
Que toda alma se avive de nuevo con fuego de lo alto.
¡Aleluya, tuya es la gloria! ¡Aleluya, Amén!
¡Aleluya, tuya es la gloria! ¡Aleluya, Amén!

¡Encendidos con fuego de lo alto! Eso es lo que necesitamos. Este pasaje nos dice lo que debemos hacer para que esto suceda. Tres cosas son esenciales:

- Una insatisfacción santa con nosotros mismos.
- Un examen honrado del pecado.
- Una bienvenida humilde al Salvador.

No Atrincherarse

Lo primero que tenemos que hacer para inflamar-nos de arriba es tener una insatisfacción santa con noso-

tros mismos. Uno de los problemas de la iglesia de Laodicea era que se sentía satisfecha consigo misma. Sentían que eran ricos y que aumentaban sus bienes, y que no necesitaban nada (v. 17a).

La mayoría de iglesias de hoy son así: medias vacías y totalmente satisfechas. Tienen lindos edificios, bancas cómodas, abundantes ofrendas, programas respetables, y corazones contentos. Se sienten cómodas en Sión.

Son como el secretario de la iglesia que envió su carta anual a la asociación. El informe decía:

- 1) Bautismo en el año: cero;
- 2) Transferencias por carta: cero;
- 3) Ofrendas para misiones: cero;
- 4) Campañas realizadas: cero;
- 5) Mejoras en la propiedad: ninguna.

Hermanos, oren por nosotros, para que podamos conservar lo nuestro.

J.B. Phillips lo martilló cuando escribió: "La iglesia es tan próspera que está obesa y le falta la respiración. Tan organizada que está esclavizada a sus músculos." Puede ser que la mayor maldición de la iglesia de hoy sea su prosperidad y popularidad. Jesús advirtió: "¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros! porque así hacían sus padres con los falsos profetas" (Lc. 6:26), y en otro lugar nos advierte sobre los "engaños de las riquezas" (Mt. 13:22).

La riqueza le da a la gente un falso sentido de importancia; les hacen sentirse que se merecen atención especial; les da un falso sentido de poder, como si otros tuvieran que hacer lo que dicen; les da un falso sentido de seguridad, como que no necesitan a Dios en sus vidas; y les da un falso sentido de éxito, como si ya hubie-

ran llegado, que lo hubieran logrado. A las iglesias les puede pasar lo mismo.

Una iglesia que es viva y dinámica nunca puede sentirse complacida con lo que es o el punto en que está. Siempre debe estar avanzando, progresando. No debemos contentarnos con conservar lo que es nuestro. Estamos aquí para edificar el reino de Dios. Eso exige esfuerzo agresivo y dedicado.

Necesitamos más del espíritu agresivo del general Jorje S. Patton, el más destacado comandante de campo de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, y el hombre más temido por los nazis. Él dijo: "No quiero ningún mensaje de que estamos manteniendo nuestras posiciones. No nos interesa mantener nada excepto al enemigo huyendo. No estamos atrincherándonos. Estamos constantemente avanzando."

C.S. Lewis dijo: "Si quieres una religión que te haga sentir cómodo, no te recomiendo el cristianismo." ¡Tampoco yo! Pido para usted una inquietud santa. Oro que el Señor consuele a los intranquilos e intranquilece a los cómodos. Sin eso, nunca seremos inflamados de lo alto.

No Basta Rasgar el Arpa

Segundo, necesitamos enfrentar honradamente el pecado. La iglesia de Laodicea se veía a sí misma como no necesitando nada, pero el Señor la vio como un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo (vv. 17b-19).

Alguien dijo que la iglesia de hoy es como el arca de Noé. Si no fuera por la tempestad que ruge afuera, no podríamos aguantar el hedor que hay adentro. Estamos hoy en peligro de convertir el rebaño del Señor en zoológico.

Las razones son obvias. Se debe a que nos hemos ablandado respecto al pecado. Debemos hacerle frente

a nuestro pecado y luego dejarlo si es que queremos fuego de lo alto. Con un cáncer moral creciendo en su palacio, el rey David, debido a su pecado con Betsabé, necesitaba más que empuñar un arpa y empezar a entonar un canto de alabanza. Necesitaba confesar y arrepentirse. Es la única manera de lidiar con el pecado.

En agonía David clamó: “Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; Conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones. ² Lávame más y más de mi maldad, Y límpiame de mi pecado. ³ Porque yo reconozco mis rebeliones, Y mi pecado está siempre delante de mí. ⁴ Contra ti, contra ti solo he pecado, Y he hecho lo malo delante de tus ojos; Para que seas reconocido justo en tu palabra, Y tenido por puro en tu juicio” (Sal. 51:1-4).

Yo pensaba que David había pecado contra todo mundo excepto Dios: contra sí mismo, contra Betsabé, contra su esposa, contra Urías, contra la nación. Pero David vio que su pecado era contra Dios. Nosotros, también tenemos que darnos cuenta de lo terrible del pecado y que es contra Dios.

David Kendall, abogado personal del ex-presidente Clinton, en una conferencia de noticias en febrero de 1998, defendió su insistencia en que el presidente guarde silencio en el caso de Mónica Lewinsky citando un ex-colega que había dicho: “Es la ballena que lanza su chorro de agua la que primero se arponea.”

Eso puede ser buen consejo legal, pero es mal consejo espiritual. La Biblia dice: “El que encubre sus pecados no prosperará; Mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia” (Pro. 28:13). Pero, entonces, esa es la diferencia entre un político y un profeta.

¿Cuáles Son Algunos de los Pecados que Debemos Confesar?

Tenemos que confesar los pecados de omisión. Pablo, hablando de su propia lucha con el pecado, dijo: “no hago el bien que quiero” (Rom. 7:19). Hay cosas que debemos hacer, y no las hacemos; cosas tales como dar el diezmo, orar, testificar, leer la Biblia y ministrar. Podemos llenar la iglesia con personas culpables de este pecado.

En octubre de 1998, en Abilene, Texas, Shawana Patterson fue hallada culpable del cargo de “lesionar a un niño por omisión,” es decir, por no haber intercedido cuando su amante raptó a su hija de once años, Sara, y a su hijo de nueve años, Cody, del dormitorio donde dormían.

A Sara el hombre la violó sexualmente y le cortó la garganta, y a Cody lo golpeó brutalmente y lo dejó por muerto. Al principio la mujer le dijo a su hijo que ella no respondió porque temía por su propia vida. Más tarde adujo que había estado dormida y no oyó sus gritos de auxilio, aunque su dormitorio estaba a menos de cinco metros de distancia.

¿Su crimen? ¡No hacer nada! Sus hijos la necesitaban, y ella no respondió a sus gritos de auxilio. No sólo hay *crímenes* de omisión; también hay *pecados* de omisión. Somos responsables no sólo por lo que hacemos, sino también por lo que no hacemos. Si se nos citara a la corte divina y se nos pidiera explicación por los clamores que no hemos atendido, y las necesidades que no hemos suplido, ¿quién saldría libre?

Hay pecados de comisión: Pablo lo dice a la inversa: “el mal que no quiero, eso hago” (Rom. 7:19). Tal como hay algunas cosas que debemos hacer, hay algunas cosas que no debemos hacer.

A la gente de hoy no le gusta la predicación negativa, pero hay una enorme cantidad de “no harás esto o lo otro,” en la Biblia. Uno tendría que echar fuera una gran porción de la Biblia para poder dejar de lado la predicación negativa.

Hace poco aparecieron por todos los Estados Unidos carteleras religiosas con un mensaje espiritual muy sutil. Todas estaban simplemente firmadas por “Dios.” El que más me gustó decía: “¿Qué parte del ‘no harás’ es lo que no entiendes?” Firmado, Dios.

Hay pecados de disposición. De nuevo Pablo escribe: “Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu” (2 Cor. 7:1). Los hijos de Israel apenas habían salido de Egipto cuando empezaron a murmurar, y la iglesia apenas había dejado atrás Pentecostés cuando empezó a murmurar. Lo hemos estado haciendo desde entonces.

Algunas de las personas más cascarrabias y fastidiosas que conozco están en la iglesia. Andan gruñendo todo el día, y después se preguntan por qué se sentirán como perros apaleados por la noche. Otros son simplemente rufianes. Son tan rufianes que si estuvieran en la arena con los leones, nosotros echaríamos porras a los leones. Desdichadamente el hombre más rufián que conozco nunca faltaba ni un domingo a la iglesia.

Otros son dados a la crítica y a juzgar. Un predicador Bautista y otro Episcopal estaban sentados lado a lado en un avión. Cuando descubrieron que el otro era ministro, de inmediato entablaron cálida y amistosa conversación. A su tiempo la azafata vino para preguntarles qué iban a tomar. El predicador Bautista ordenó una gaseosa de dieta, y el Episcopal un vaso de vino. Casi al

instante su conversación se enfrió, y el Bautista se volteó y se quedó muy callado.

El Episcopal, notando el tratamiento del silencio, le tocó en el hombro, y le preguntó qué sucedió. El predicador le dijo: "No pienso que un hombre de Dios debería andar bebiendo vino."

El otro respondió: "Pero, hermano mío, de seguro que ustedes los Bautistas saben que el mismo Jesús convirtió el agua en vino."

El Bautista respondió: "Sí, lo creemos. Y hubiéramos tenido una opinión todavía mucho mayor de él si no lo hubiera hecho."

Algunos cristianos son así. Actúan más espirituales que Dios. Yo no bebo vino, pero no soy demasiado bueno para asociarme con los que lo beben. Si lo fuera, sería mejor que Jesús, porque él lo hizo.

Algunos se enorgullecen del hecho de que: "No empinamos el codo, ni mascamos tabaco; ni nos juntamos con los que lo hacen." Cuando oigo a personas así, me siento tentado a decir: "Tampoco un poste de cerca." Los fariseos guardaban todas las reglas. Se sentían tan separados que ni siquiera comían un huevo que una gallina haya puesto el sabat, pero sus corazones no estaban bien con Dios. Jesús dijo que nuestra justicia debe "superar" la de los fariseos para que entremos al reino de los cielos.

W. S. Childs escribió una vez:

Hay tanto Diablo en el mejor de nosotros
Y tanto Ángel en el peor de nosotros
Que no nos conviene a ninguno de nosotros
Decir mucho respecto al resto de nosotros.

Sé esto con certeza: usted disfrutará mucho más de la iglesia si no se sienta en el asiento de los escarnecedores. Francamente, me preocupa el cristianismo de

una persona que no es más dulce, más amable, más gentil, con el paso de los años, y que no está creciendo más a semejanza de Jesús, que es el objetivo último de la vida cristiana (Rom. 8:28).

¿Qué tal de usted y los demás? ¿Qué tal se lleva con otras personas? Tal vez sea un pariente. Tal vez un compañero de trabajo. Tal vez un amigo o un vecino. Tal vez otro miembro de la iglesia. El Señor dijo que si traemos nuestra ofrenda al altar (nuestro sobre de ofrenda) y recordamos que nuestro hermano tiene algo contra nosotros, no debemos depositar la ofrenda en el altar, sino primero ir y reconciliarnos con nuestro hermano, y entonces venir para depositar la ofrenda (Mt. 5:23-24).

Aunque esto tal vez disminuya las ofrendas que se dan a la iglesia, con certeza aumentaría las posibilidades de avivamiento en la iglesia. Si hay algo que no marcha bien entre usted y un hermano, arréglole. Eso lo que se debe hacer. Usted no puede andar bien con Dios y mal con su hermano. Si anda mal con su hermano, anda mal con Dios. La cruz se alza hacia arriba, pero también se extiende hacia los lados. Lo horizontal y lo vertical deben andar bien para que estén bien. Podemos tener un avivamiento si arreglamos las cosas con el hermano.

También hay pecados de suspicacia; es decir, de cosas dudosas. Pablo escribe: "todo lo que no proviene de fe, es pecado" (Rom. 14:23). La palabra "fe" aquí significa "tener confianza," o "estar persuadido." Si no podemos hacer algo con la conciencia tranquila, no debemos hacerlo. Si algo tiene un signo de interrogación encima, debemos dejarlo a un lado. Si está bien, Dios nos lo volverá a dar. Si no, no lo necesitamos.

La cuestión de fondo es esta: sabemos lo que son nuestros pecados. Tal vez actuemos como si lo supiéramos, pero lo sabemos. Mel Trotter hablaba con un hom-

bre una vez respecto a confesar sus pecados. El hombre dijo: "No sé cuáles."

Mel le dijo: "Arrodíllate y adivínalos."

Mel continuó: "¿Pueden creerlo? Los adiviné a la primera." Si nos quedamos quietos lo suficiente, y por suficiente tiempo, bien podemos nosotros también adivinar nuestros pecados a la primera.

Nuestro problema no es que no sepamos nuestros pecados. Es que no queremos dejarlos. Es una reunión de evangelización un hombre pasó al frente y me dijo: "He estado fornicando con una mujer, pero no quiero casarme con ella, y no quiero dejarla." Le felicité por su sinceridad. Él no dijo: "Estoy haciéndole el amor a una mujer." No dijo: "Estoy durmiendo con una mujer." Lo que dijo fue: "Estoy fornicando con una mujer." Esto suena mucho peor, ¿verdad? El hombre fue lo suficientemente sincero como para decir: "No quiero casarme con ella, pero no quiero dejarlo."

El hombre tenía convicción sin contrición. Le dije que él tenía que hacer lo uno o lo otro.

Debemos admitir nuestro pecado, y entonces dejar nuestro pecado. No podemos esperar que Dios nos quite el pecado al perdonarlo, si no estamos dispuestos a dejar el pecado abandonándolo. El blanqueado no pega en paredes sucias. Cualquier fulano del campo lo sabe.

Así que si queremos ser inflamados de lo alto, debemos ser francos al tratar con el pecado.

¿Excluido de su Propia Casa?

El tercer requisito para ser inflamado de lo alto es una bienvenida humilde al Salvador. Leí de un hermano en una iglesia que fue a una reunión de una campaña una noche y tuvo una experiencia en la cumbre. Marchó alrededor de Sión. A la mañana siguiente fue a la

reunión de nuevo y le pidieron que dirija la oración. Él todavía no había descendido de la cumbre, así que su oración fue algo así como esta: “Te damos gracias por la reunión de anoche, Señor. Nunca antes había estado en una reunión como esa. Te damos gracias, Señor, por darnos esa reunión. Señor, la verdad es que, simplemente deberías haber estado allí.”

La verdad es que a veces él no está allí. Según la investigación de George Barna más de 75 millones de adultos asisten a los cultos cada fin de semana. Sin embargo, él halló que menos de un tercio de ellos se van luego con algún sentido de haber interactuado con Dios. Lo que eso quiere decir es que están ausentes cuando ocupan más espacio. Venimos a la iglesia y abrimos la puerta, y entramos, abrimos nuestros himnarios y cantamos, abrimos nuestras billeteras y damos. Luego abrimos nuestras Biblia y leemos. Pero no abrimos nuestro corazón para adorar. Simplemente seguimos la corriente.

¿El Señor excluido de su propia casa? ¡Sí! ¿El esposo sacado de la cámara nupcial por su propia esposa? ¡Sí! ¡Sucede! Se lo puede excluir mediante el pecado, por las peleas, la indiferencia o simplemente pura preocupación. El hecho de que usted esté en la casa de Dios no garantiza que él lo esté. Se lo puede dejar fuera, y cuando se lo deja fuera, hay tedio y aburrimiento.

¿Qué hace el Señor? Se queda a la puerta y llama. Muy a menudo aplicamos este versículo a la salvación. Decimos que el Señor está llamando a la puerta del corazón. La verdad es que esto se aplica a la iglesia. Él está llamando a la puerta de la iglesia queriendo entrar, y debemos sintonizar su voz y abrir la puerta si queremos que entre. Él nunca se mete a la fuerza. Nunca irrumpe en la fiesta. Entra sólo si se lo invita.

A veces entonamos un canto compuesto por Dottie Rambo y David Huntsinger que expresa lo que estoy diciendo:

Espíritu Santo, eres bienvenido en este lugar.

Espíritu Santo, eres bienvenido en este lugar.

Padre omnipotente de misericordia y gracia,

Eres bienvenido en este lugar.

Padre omnipotente de misericordia y gracia,

Eres bienvenido en este lugar.

Eso es lo que tenemos que hacer, darle la bienvenida al Señor en nuestros corazones y en su casa.

Este es, entonces, el último mensaje del Señor a su iglesia: Es: arrepíentete de tu tibieza. "Deja de sentirte satisfecha contigo misma. Deja de ser blanda con el pecado. Deja de dejarme fuera."

Cualquiera de nosotros puede perder su fuego y entusiasmo por Dios y su obra. Pablo le escribió a Timoteo: "te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti" (2 Tim. 1:6).

Pablo compara la vida espiritual de Timoteo con un fuego, un fuego que en un tiempo ardía brillantemente pero que se ha apagado. Ahora no queda sino un montón de cenizas grises. Por debajo todavía hay brasas encendidas, pero hay que atizarlas. Si alguien simplemente las soplara un poco para que el oxígeno les llegue, arderían de nuevo en llamas.

No estoy seguro de lo que sucedió en la vida de Timoteo que apagó el fuego. Tal vez fue la adversidad de la persecución. Tal vez la gente le echó agua fría a sus ideas. Tal vez simplemente había estado en la tarea por tanto tiempo que todo se había vuelto rutina, monótono, cosa vieja. Tal vez se había desencantado con perso-

nas como Demas. No sé lo que sucedió, pero sí sé esto: el fuego se había apagado.

También se puede apagar en su vida y en la mía. Si no estamos tan cerca de Dios como lo estuvimos un tiempo, no se equivoque pensando en quién se ha movido.

Lo que necesitamos hoy es un despertamiento de la iglesia a la antigua. Necesitamos ser inflamados de lo alto, y necesitamos empezar en el púlpito que esparcirlo a toda banca en la iglesia.

9

La Iglesia Local

Apocalipsis 2:1—4:11

Lo que los reformadores nunca se cansaban de repetir, según Hugh T. Kerr, Jr., era que no tenían ninguna intención de introducir nada nuevo en la iglesia de su tiempo; lo único que les interesaba era el despertamiento del cristianismo del Nuevo Testamento.

En contraste, los líderes de la iglesia de hoy siguen y siguen tratando de introducir algo nuevo en la iglesia a fin de hacer más atractivo el cristianismo del Nuevo Testamento. Tratamos y tratamos de hacer “ajustes” para alcanzar a esta generación, y ellos se ríen porque saben que tienen las riendas. La triste verdad, sin embargo, es que en lo más hondo ellos están desilusionados. Están, como toda generación, con hambre de *alguien*, no de algo, diferente. Anhelan que alguien les hable con autoridad. Anhelan fuerza en su debilidad y esperanza para sus temores, y anhelan pertenecer. Quieren sentirse amados, no usados y abusados. Lo que quieren no es un nuevo canto o el último cachivache electrónico. Lo que desesperadamente anhelan es algo completamente singular, algo que sólo la iglesia puede ofrecer. “El mundo” dice Os Guinness, “desesperadamente necesita que la iglesia sea la iglesia,” y no que se haga iglesia en forma diferente.

Cualquier recuperación del cristianismo del Nuevo Testamento necesitará un retorno a la iglesia del Nuevo Testamento, la iglesia que sea lo que se supone que debe ser. El mejor lugar para ver cómo era la iglesia y lo que debería ser, con verrugas y todo, es mirar a las siete iglesias de Apocalipsis. El que se trate de siete iglesias históricas que existieron en el tiempo y que desaparecieron, o que se trate nada más que de representantes de las iglesias de toda época no hace ninguna diferencia. Las siete en conjunto nos ayudan a entender cómo era la iglesia del Nuevo Testamento y lo que realísticamente debemos esperar que sea hoy.

Un cuadro compuesto de los mensajes del Señor resucitado a las siete iglesias nos ayuda a entender a la iglesia local como ninguna otra cosa. Hay tres verdades que surgen aquí:

- Toda iglesia tiene un propósito.
- Toda iglesia tiene sus problemas.
- Toda iglesia tiene la presencia de Cristo.

Alumbra un Poco mi Camino

Primero, toda iglesia tiene un propósito. A estas iglesias se las llama candeleros. Hoy un candelero tal vez sea un adorno de belleza que se usa sólo para decoración, pero en el mundo del primer siglo los candeleros tenían un propósito singular: iluminar. Existían para que la gente vea.

Con inmejorable analogía Jesús declaró que el propósito de la iglesia es dar luz a nuestro mundo para que la gente pueda ver a Dios, ver su condición perdida, y ver el camino de la salvación.

Ernie Pyle fue un famoso corresponsal de guerra en la Segunda Guerra Mundial. Fue un escritor talentoso

que entusiasmó a los Estados Unidos con sus relatos como testigo ocular de la sangrienta guerra. Pyle perdió su vida por los disparos de ametralladora de un japonés en Okinawa en 1945.

Una vez Pyle andaba por una playa en una isla del Pacífico del sur, después de que las fuerzas de los Estados Unidos desembarcaron allí. Por todas partes había caos, y muchos soldados perdieron su vida al desembarcar. Durante una calma en la batalla Pyle se puso a caminar por la playa, mirando los cadáveres de los soldados estadounidenses. Un cadáver estaba boca arriba, y un Nuevo Testamento asomaba en el bolsillo de la camisa. Pyle tomó el Nuevo Testamento y empezó a leerlo mientras andaba por la playa, pero luego regresó, y puso de nuevo el Nuevo Testamento en el cadáver en que lo había encontrado.

Reflexionando en el incidente Ernie Pyle le escribió a Harry Emerson Fosdick, pastor de la Iglesia Riverside, de Nueva York, y le dijo: "Si tienes algo de luz, ilumina mi camino."

Vivimos en un mundo oscuro, oscurecido por el pecado, el sufrimiento y la aflicción; oscurecido por la muerte, la enfermedad y el desastre, ennegrecido por la pobreza y la perversión; oscurecido por la ira, el maltrato y la ansiedad. Junto con Ernie Pyle, el mundo entero dice: "A mí también. Si tienes algo de luz, ilumina mi camino."

Para hacer eso es que la iglesia está aquí. Para iluminar con la luz de Dios este mundo oscuro. Está para poner en alto la luz de la esperanza, del perdón, del amor y de la vida eterna. Es para señalar a la gente hacia Jesús, quien es la luz del mundo (Jn. 8:12).

Nuestra misión se resume en las palabras de Charles H. Gabriel, en el viejo himno: "Dadnos luz":

Una voz resuena de ansia y de fervor:
¡Dadnos luz! ¡Dadnos Luz!
Miles en tinieblas, llenos de pavor,
¡Dadnos luz! ¡Dadnos Luz!
¡Dadnos luz, la gloriosa luz!
Del perdón, de paz y amor;
¡Dadnos luz, la gloriosa luz!
De Jesús, el Salvador

Hace años un grupo de turistas se adentraba en las Cavernas Carlsbad, en Nuevo México. Entre ellos había un padre, su esposa, un hijo de siete años y una hija de once años. Si alguna vez usted ha estado en esas cavernas, sabe lo que hacen cuando se llega al punto más profundo. El guía de repente apaga las luces para dramatizar cuán totalmente negro y silencioso es todo a tanta profundidad debajo de la superficie de la tierra. En ese día en particular, cuando el guía hizo eso, casi simultáneamente se oyeron dos sonidos. El primero fue el aterrador grito de la niña que no esperaba esto y se asustó por la repentina oscuridad. El otro, segundos más tarde, fue la voz de su hermano que le decía, calmándola: "No llores, hermanita. Hay alguien aquí que sabe cómo encender las luces."

Esa es la misión de la iglesia. Tenemos que seguir diciéndole a este mundo destrozado y aporreado: "Deja de llorar, hermano; deja de llorar, hermana. Alguien ha venido que sabe cómo encender las luces."

La mayoría de iglesias necesitan rededicarse a este gran propósito. Tal vez nuestro más grande fracaso como pueblo de Dios es que nos hemos alejado demasiado de la vida, demasiado dedicados al cielo como para servir de algo en la tierra. Nos dedicamos innecesariamente a

dividir pelos teológicos en lugar de llevar la luz a la oscuridad.

William Crowell Doane lo dijo de esta manera en *The Preacher's Mistake (La Equivocación del Predicador)*:

Un ministro de gran austeridad,
Se subió al alto campanario de su iglesia
Para estar más cerca de Dios
A fin de poder dar la palabra de Dios
A su pueblo.

En su día Dios le dijo:

“Baja y muere.”

Y él clamó desde la torre:

“¿Dónde estás, Señor?”

Y el Señor respondió:

“Aquí abajo, entre mi pueblo.”

Lo que necesita la iglesia de hoy es un sentido de urgencia, de cosa inmediata, y de identificación con las almas que está agobiadas, perdidas y muriéndose. Necesitamos que la iglesia sea la iglesia, un candelero en este mundo oscuro.

No se Ha Dicho Ni la Mitad

Segundo, toda iglesia tiene sus problemas. Escuchen al Señor mientras anda entre las iglesias, y una por una, señala sus faltas y fracasos. Una había perdido su primer amor, otra se doblegaba por la persecución. Una estaba siguiendo doctrinas falsas, y otra toleraba que en la misma iglesia se enseñe herejías, y otra estaba muerta espiritualmente. Otra no aprovechaba su oportunidad para testificar, y otra se había enfriado y era indiferente. Toda iglesia a la que Pablo se dirigió tenía que lidiar con persecución externa, conflicto interno, la invasión de una

doctrina falsa o prácticas inmorales de parte de sus miembros.

Esto ha sido cierto en toda iglesia en que he servido en mis treinta y cuatro años como pastor. En mi primera iglesia dos miembros eran cuñados, uno de ellos diácono activo, y no se habían hablado en diez años. En la segunda iglesia la hija de un diácono quedó encinta sin ser casada y tuvo que casarse, y en esa comunidad a fines de la década de los cincuenta eso era un gran escándalo. En la siguiente iglesia un miembro nuevo de la congregación trabajaba en un establecimiento comercial prominente, y se descubrió que era un homosexual activo, y la esposa del tesorero de la iglesia trató de atropellar con su coche a la secretaria de la iglesia por un desacuerdo financiero.

En la siguiente iglesia la presidenta de la UFM, que con frecuencia había dirigido a la iglesia a orar por los misioneros y para enviar misioneros para ganar a los africanos para Cristo, se fue de la iglesia cuando la primera familia afroamericana se unió. En la última iglesia en que fui pastor, tuve que pedirles a varios diáconos y maestros de Escuela Dominical que renunciaran debido a relaciones de adulterio o por enseñar doctrinas falsas.

De alguna manera me vi envuelto personalmente en conflictos en cada una de estas iglesias. En la primera iglesia teníamos un tabernáculo dilapidado junto al templo, una verdadera lacra. Cuando reté a la iglesia a repararlo o derribarlo, pensé que estaba siendo razonable, pero antes de salir del edificio me acusaron de tratar de destruir todo lo que las generaciones anteriores habían construido. Me di cuenta, tal vez por primera vez, que la gente no siempre oye lo que uno dice, ni entiendo lo que uno quiere decir.

En mi segunda iglesia nuestros diáconos habían debatido hasta el cansancio un asunto y no habían llegado a conclusión alguna, así que con la aprobación del presidente del comité presenté el asunto a la iglesia en una sesión de negocios, más tarde esa noche, para que tomaran una decisión. La iglesia de inmediato y abrumadoramente lo aprobó. Al despedir a las personas en la puerta después del culto, uno de los diáconos se detuvo y me dijo: "Parece que ya no necesitamos diáconos aquí. De todas maneras usted va a hacer lo que quiere."

En la siguiente iglesia el alcalde amenazó como correrme de la ciudad por haber criticado al departamento de policía por no imponer la ley, y cuando prediqué un sermón directo sobre las relaciones raciales un miembro del coro salió furioso de las gradas del coro, en pleno sermón, en protesta. Al día siguiente un diácono prominente me advirtió: "Pastor, será mejor que ande con cuidado. Puede meterse en una olla de grillos por no seguir al Señor." Le recordé que algunas personas se han metido en problemas por seguir al Señor.

En la siguiente iglesia oí que uno de nuestros diáconos más prominentes tenía una queja contra mí. Fui a verlo y le pregunté: "¿Hay alguna contención entre usted y yo?" Me dijo: "¡No! Usted es la clase de predicador que necesitamos, pero no de la clase que me gusta." Le pregunté: "¿Qué clase le gusta?" Me dijo: "Quiero venir a la iglesia, sentarme y oír, levantarme e irme a casa, y que no me fastidien." Le dije: "Mientras yo esté aquí, va a fastidiarse." Pero la verdad es que desde ese momento su presencia me fastidió a mí más de lo que le fastidió a él. Nunca pude presentar una nueva proposición sin preguntarme cuál sería su reacción.

En mi última iglesia una señora fundamentalista me acosó y acusó públicamente de ser liberal, solo porque

nuestra iglesia no la eligió como mensajera a la Convención Bautista del Sur por segundo año consecutivo. Después, cuando hice una encuesta en nuestra congregación, averiguando qué proyectos les gustaría emprender en los próximos años, alguien respondió anónimamente: “Lo que sea que el Rey Paul quiera hacer.”

Así que, ha sido divertido, por decir lo menos, y en las palabras de la reina de Seba cuando vio la riqueza del rey Salomón: “ni aun se me dijo la mitad” (1R. 10:7).

Las iglesias en efecto tienen problemas. ¿Por qué es así? Porque están llenas de pecadores. Son pecadores salvados, por cierto, pero así y todo pecadores. Tienen, o deberíamos decir tenemos, defectos y debilidades que afloran en docenas de maneras. Falta de honradez, lujuria, ira, chisme, críticas, amargura, maledicencia, falta de bondad, falta de perdón, egoísmo, venganza, eran problemas con que tuvo que vérselas la iglesia del Nuevo Testamento, y con lo que nosotros hoy también tenemos que vérnoslas. Estamos por siempre luchando por llegar a ser el pueblo de Dios que Dios quiso que seamos al salvarnos y quiere que seamos.

Dicho de otra manera, somos parte de la familia de Dios. En una familia grande lo más probable es que haya varias edades y diferentes niveles de madurez entre sus integrantes. Habrá una madre y un padre, que son adultos maduros. Con frecuencia hay nenes que necesitan atención y cuidado continuos. Probablemente habrá adolescentes, entre edades, que están tratando de llegar a ser ellos mismos; a veces rebeldes, a veces irrespetuosos, a veces de mal genio, y a veces enfurruñados.

No sería razonable esperar que todos en la familia actúen de igual manera, porque todos están en el proceso de crecer y llegar a ser. Así es la iglesia. Tiene algunos

miembros que son santos maduros, y otros que son ne-
ne recién nacidos en Cristo.

Sabiendo todo esto, uno se preguntaría: “¿Puede una iglesia tan defectuosa servirle a Dios de algo? ¿Puede una iglesia así servir de algo? ¿Merece un lugar en nuestra vida?” ¡La respuesta es que sí! Siempre predicamos un evangelio mejor de lo que podemos vivir. El valor de la iglesia nunca puede estar en sí misma, porque eso significaría idolatría. Su valor no está en sí misma o de sí misma, sino en cumplir el propósito que se le ha dado y su misión de sostener la luz en alto.

Cómo iglesia no damos testimonio de nosotros mismos, sino de Cristo. La característica de una iglesia carnal es que le encanta hablar de sí misma. La iglesia inicial nunca dijo nada de sí misma; siempre hablaba del Señor: lo que él podía hacer, cómo él podía obrar, y lo fantástico que era él. La prueba, entonces, es ¿está la iglesia haciendo lo que fue puesta aquí para hacer? ¿Está siendo Jesucristo presentado al mundo? Incluso un candelero defectuoso puede hacer eso.

Así que a pesar de sus defectos y fracasos, el Señor no ve a la iglesia como una compra de baratillo en una venta de garage o en un pulguero. La ve como un candelero “de oro,” tan valioso que estuvo listo a morir por ella.

¡Él Está Aquí, Aleluya!

Finalmente, toda iglesia tiene la presencia de Cristo. Mírelo; él anda en medio de los candeleros de oro; no por encima de ellos, sino entre ellos. Él estuvo allí entonces, y está allí ahora. Esa es la gloria de la iglesia.

En la película hecha para televisión, *Days and Nights (Días y Noches)*, Konstantyne Simonov escribió del asedio de Estalingrado. La suerte de hombres y naciones colgaban en el resultado del conflicto. Dos agotados

defensores de la ciudad, soldados rasos, descansaban entre batallas. Mirando al enemigo acampado a su alrededor, uno preguntó: "No han dicho ninguna fecha cuando van a apoderarse de la ciudad. ¿Por qué razón?" Su agotado compañero le respondió: "Nosotros somos la razón."

En respuesta a la pregunta de por qué el propósito espiritual de Dios para este mundo no fracasa, por qué la iglesia continúa viva a pesar de sus defectos, debemos decir: "Él es la razón." Es su divina presencia. Es el hecho de que él anda en medio de los candeleros de oro, incluso hoy, y eso hace a la iglesia diferente de todas las demás organizaciones. Es su presencia lo que hace que la iglesia sea iglesia.

LaTonya Taylor escribió hace poco un artículo sobre el liderazgo espiritual de Oprah Winfrey. Aunque se crió como Bautista y se bautizó, ella ha roto con la fe tradicional y cree que hay muchos caminos diversos que llevan a Dios.

Cuando Oprah asiste a la iglesia en Chicago, asiste a la Trinity United Church of Christ, pero según el pastor principal, Jeremiah Wright, ella no ha asistido a un culto allí en los últimos ocho años.

El pastor Wright la defiende parcialmente, diciendo: "Los domingos tienen que ser un caos para ella. Todo mundo se le acerca con notas, portafolios, ideas y peticiones. Eso hace que su asistencia a la iglesia sea un problema."

Poco después de que su programa de televisión fuera inscrito en la prensa en 1986, Oprah hablaba de los retos de ser una celebridad en un culto de adoración público: "El domingo pasado fui a la iglesia, y un diácono me tocó una rodilla y me pidió mi autógrafo," dijo. "Le dije: 'No doy autógrafos en la iglesia. Jesús es el as-

tro aquí.” (LaTonya Taylor, “The Church of O,” *Christianity Today*, 1º de abril del 2002, p. 44).

Tiene toda la razón. Jesús debería ser la atracción principal de la iglesia. No el predicador. No el coro. No la liturgia, sino Jesús. Él debe ser el foco de nuestra atención.

Así que podemos cantar, en las palabras de Kirk Telley:

Él está aquí, ¡aleluya!
Él está aquí, ¡amén!
Él está aquí, santo, santo;
Bendigo su nombre otra vez.

Él está aquí, escucha con atención;
Óyele llamarte por nombre.
Él está aquí; puedes tocarle;
Nunca serás el mismo.

Pero hay un lado lóbrego tanto como glorioso en su andar entre las iglesias. Al andar y observar, él condena tanto como elogia. Acusa tanto como bendice. Reprocha tanto como recompensa.

Es aleccionador darse cuenta de que él lo ve todo. Leí en alguna parte de una cafetería universitaria en donde algunos estudiantes habían puesto un letrero pintado a mano, junto a las galletas, que decía: “Toma sólo una galleta; Dios está viendo.” Luego, con esa agudeza que a menudo uno halla en un plantel universitario, otro estudiante había puesto un letrero junto a las manzanas, que decía: “Llévate todas las manzanas que quieras. Dios está vigilando las galletas.”

La realidad es que Dios está observando tanto las galletas como las manzanas, y está observándolo a usted y a mí, y nos considera responsables por nuestras

acciones. Como dice la Biblia: "Porque sus ojos están sobre los caminos del hombre, Y ve todos sus pasos" (Job 34:21), y "Porque los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él" (2Cro. 16:9).

Daniel Webster dijo: "Nuestra responsabilidad ante Dios es el pensamiento más solemne que puede ocupar la mente del hombre." Responsabilidad quiere decir que siempre debemos estar sintonizados a la voz de Jesús para obedecer lo que él dice. Él es la luz de su iglesia, el que ama a su iglesia y el Señor de la iglesia.

Sir Leonard Wood visitó una vez al rey de Francia, quien quedó tan encantado con él que lo invitó a cenar al día siguiente. Wood fue al palacio al día siguiente y el rey, yendo a encontrarle en el vestíbulo, le dijo: "Vamos, Sir Leonard, no esperaba verle. ¿Cómo así está aquí?"

"¿No me invitó su majestad a cenar con usted hoy?" le preguntó el perplejo invitado.

"Sí," repuso el rey, "pero usted no respondió a mi invitación."

Fue entonces que Sir Leonard pronunció una de las más acertadas frases de su vida. Él respondió: "A una invitación del rey nunca se da una respuesta; sino que se la obedece."

Así que, el domingo por la mañana, cuando halle difícil dejar la cama caliente, o cuando sus dudas sean más fuertes que su fe, recuérdese por qué tiene que ir a la iglesia. Es porque Cristo está allí. Es el único lugar donde usted recibe bendición simplemente por asomarse. Incluso más importante, es un lugar separado del ruido y bullicio del comercio del mundo, para dar gracias por todo lo que es más grande que nosotros mismos. Es un lugar en que podemos unirnos a la banda destartalada de otras personas y alabar al Dios que nos

hizo y nos sustenta, que cada semana renueva nuestra esperanza de que podemos salir adelante en la vida. Es un lugar que nos llama a ser lo más elevado y lo mejor en todo aspecto. No sé de nada que nos traiga de vuelta a nuestros sentidos, y al Salvador, como el Señor que nunca está ausente.